



Universidad Alberto Hurtado
Facultad de Filosofía y Humanidades
Departamento de Filosofía

Los Límites de la libertad del tirano en La República de Platón

Tesis para optar al grado de Licenciado en Filosofía

Por

Claudio Lastreto Gutiérrez

Director de tesis: Diego García

Santiago, Chile

2017

Nº folio: 113

Índice

Página

Resumen	2
I. Introducción	3
II. La idea del Buen Gobierno	6
III. Las otras formas de Gobierno: el camino hacia la tiranía	9
3.1 La Aristocracia	9
3.2 La Timocracia	10
3.3 La Oligarquía	11
3.4 La Democracia	13
IV. Origen y análisis de la Tiranía	18
4.1 El tirano en el poder y su comportamiento político. La crítica a la violencia .	22
4.2 El uso fraudulento de las riquezas y el abuso hacia los padres	27
4.3 El tirano y su relación con el pueblo	29
4.4 Crítica platónica al deseo y las pasiones en los hombres y el tirano	30
4.5 La relación entre miedo, desdicha, libertad y violencia	38
V. Las pasiones del alma del tirano y el problema de la libertad. El tirano en contraposición al filósofo	42
5.1 La relación del tirano con el placer y el dolor	46
5.2 El conflicto del alma y sus partes	51
5.3 El miedo en el alma como limitante de la libertad	54
VI. Conclusiones	56
Bibliografía	59

Resumen

El estudio de la libertad es uno de los temas más recurrentes y fascinantes de los que la filosofía se ha hecho cargo desde el principio de su existencia. Es por esto que para poder comprender a la sociedad actual, se hace necesario examinar y estudiar las ideas y textos que los antiguos filósofos griegos dejaron.

En el contexto de este estudio, es que hay ciertos aspectos que no se toman muy en cuenta o son examinados menos en profundidad. En *La República* de Platón, podemos ver que se toman en consideración varios aspectos de la sociedad en cuanto al cómo debería ser la misma, como también el Estado, sus ciudadanos y sus gobernantes en relación a un ideal perfecto.

Dentro de este ideal, están presentes conceptos y virtudes tales como la justicia, el valor, la templanza, la moderación, etc. Bajo este modelo ideal es que Platón utiliza a su maestro Sócrates como el personaje que plantea las inquietudes en cuanto a esta sociedad o polis en vistas a que consiga la perfección, no solo en el ámbito político, sino que también en los respectivos ciudadanos que conforman la polis o la nación.

En este caso, el tirano se nos presenta como un villano o un gobernante vil y siniestro, pero del que carecemos de un análisis más detallado o del que se hace difícil un estudio debido a que debemos repensar algunos antecedentes presentados en la misma *República* respecto del alma de los individuos. Al tener presente la naturaleza del alma del ser humano es que podemos aplicar dichos conceptos al tirano, que como hombre y gobernante, está sujeto a los paradigmas que implican ser humano y gobernar el Estado.

De aquí es que surge la pregunta por la libertad del tirano, pues se presenta como un hombre con un poder distinto al de cualquier otro de los ciudadanos, del mismo modo que sus acciones reflejan modos de ser que se condicen con lo más bajo e imperfecto dentro de los parámetros de Platón. Por ende, comprender las acciones del tirano, sus razones, su formación, su naturaleza siempre teniendo presente el estudio previo del alma, podrá dar luz a nuestra aspiración de entender de manera clara y a cabalidad el comportamiento del tirano y en qué medida se ve afectada su propia libertad debido a su naturaleza y sus acciones.

PALABRAS CLAVE: Libertad, tiranía, Platón.

I. Introducción

En este proyecto se buscará rastrear las condiciones políticas del tirano, el cómo y el por qué llega al poder y, mediante una minuciosa revisión y análisis de los diálogos contenidos en los libros VIII y IX de *La República*, comprender las acciones o estrategias políticas que lo han llevado a estar sujeto a condiciones que puedan limitar su libertad, como individuo y líder político.

El concepto de libertad será el entendido bajo el contexto histórico y político platónico, es decir: ¿No sucede que son primeramente libres los ciudadanos, y que en el Estado abunda la libertad, particularmente la libertad de palabra y la libertad de hacer en el Estado lo que a cada uno le da la gana? (República, 557b).

Por una parte, y en primer lugar, se presenta el problema de la libertad, a saber, libertad excesiva producirá una extrema servidumbre o según como Platón lo plantea “la libertad en exceso parece que no deriva en otra cosa que en la esclavitud en exceso para el individuo y para el Estado” (República, 564a). Por otra, y a modo de recopilación previa, resulta necesario hacer una revisión a las formas de gobierno que decantan en tiranía, en este caso, centrando nuestra atención en la democracia y la tiranía, ya que la democracia es causa de la tiranía o en palabras de Platón:

Es razonable, entonces, que la tiranía no se establezca a partir de otro régimen político que la democracia, y que sea a partir de la libertad extrema que surja la mayor y más salvaje esclavitud (República, 564a).

Del mismo modo, como tercer punto, entender las funciones del gobernante es fundamental para comprender de qué se trata gobernar. En dicho contexto, las acciones de quien gobierna podrán dar pistas de sus funciones y obligaciones. Siguiendo esta lógica, esto podrá dar luz de si existen límites en lo que a gobernar refiere o, en cierta medida, si quien gobierna es completamente libre o debe estar sujeto a ciertos patrones que, a fin de cuentas, restrinjan su libertad individual. En este contexto, esto podrá ser aplicable, del mismo modo, al tirano. En otras palabras, nos permitirá establecer los límites de los gobernantes, y por consiguiente, del tirano como personaje y figura política de interés por la cual nace esta investigación.

Habiendo dicho esto, comprender la libertad en este periodo es fundamental para identificar las causas por las que un individuo, ejerciendo el poder, cae en la tiranía. En este sentido, el análisis y comprensión de la libertad individual en el ámbito político ayudará a comparar las libertades entre los individuos que son gobernados y el individuo en el que recae la responsabilidad de dirigir el gobierno.

El ideal de libertad en Grecia, nos recuerda que, al no ser esclavos, como individuos somos dueños de nosotros mismos. Por ende, el individuo tiene también la responsabilidad de hacerse cargo de sí, del mismo modo es que ejercemos nuestra libertad o somos libres en tanto nos auto-imponemos reglas y al mismo tiempo tenemos la capacidad para decidir. La misma palabra libertad en griego, *eleutheria* que significa libertad para elegir o ir donde uno quiere, nos sugiere precisamente esta autoimposición y autodeterminación. Estas reglas propias serán impuestas con un afán de universalidad, es decir, vivir de acuerdo a deseos y acciones que contemplen la voluntad del resto de individuos o que sean aplicables y validas para todos.

De este modo, la existencia de la tiranía, como ejercicio individual del tirano de su libertad, carecería de reglas universales, por lo que, más bien, seríamos testigos de una ausencia total de libertad como tal. El deseo del tirano caería netamente en la necesidad de enriquecerse a costa de los demás. Al mismo tiempo en que alimenta su capacidad de ostentar poder y dirigir, el tirano le ha quitado a los demás la atribución de autogobernarse, cayendo él en el vicio y siendo enceguecido debido a este mismo poder. Por esto, en el contexto de un gobierno viciado, el tirano caerá en distintos patrones de conducta, ya sea como individuo en el ámbito ontológico y psicológico, como también en el ámbito político. Es decir, el ejercicio del poder del tirano lo lleva a tomar decisiones y prácticas desde el punto de vista individual que afectan directamente a su libertad y a su ser, ya sea atormentándolo o dándole dicha. Es por esto que surge la siguiente pregunta: ¿en qué punto el ejercicio de este poder deja de entregarle confort como individuo al tirano y termina por ponerlo en una encrucijada, a saber, la constante necesidad de mantener dicho poder?

En este sentido, las estrategias políticas que ha llevado a cabo el tirano lo llevarán, en algún momento, a temer por el ejercicio y la posesión del poder. El tirano, para ejercer poder, ha suprimido derechos y deberes al resto de individuos, los cuales en algún momento se preguntarán por esto que les falta. Esta conclusión surge debido a que en toda sociedad, en algún grado, se tiene un nivel de jerarquías con las cuales se ordena el mundo, lo que deriva en una distribución de las tareas en la civilización.

Esta ausencia de responsabilidad en el ejercicio del poder y su falta de compromiso con el gobierno justo llevarán al tirano a ejercer el terror hacía los individuos que se revelen y efectivamente reclamen de vuelta su derecho y obligación.

Es en este momento en que cabe señalar la paradoja de este ejercicio-mantenimiento del poder. A saber, el tirano, para mantenerse en el poder, impone el miedo y el terror, los que al mismo tiempo, lo afectan a él mismo. Es decir, ejerce en los otros lo que a él lo atormenta; el hecho de generar recelo, odio y temor en los otros, ha generado en él el tener que convivir con un constante tormento debido al temor a que el resto de los individuos, en algún momento, no solo lo destituyan del poder, sino que lo castiguen desde el punto de vista individual, político, moral e incluso, con la misma muerte.

II. La idea del buen gobierno

El estudio de la libertad, a partir de los postulados platónicos, ha sido una tarea en donde la principal preocupación se ha centrado en los ciudadanos que componen la polis. En este sentido, en *La República*, podemos observar que el eje principal es el cómo se organizan las diferentes formas de gobierno, ya sea en el ámbito público o en el privado. Bajo este contexto, es de vital importancia lograr comprender a cabalidad las formas de gobierno que Platón nos presenta en *La República*, pues a partir de estas, la sociedad occidental moderna se ha ordenado en el campo político.

Por esto es que en el primer punto de este trabajo se hará una minuciosa descripción de las formas de gobierno que nos presenta *La República*. Estas son: aristocracia, timocracia, oligarquía, democracia y tiranía, siendo unas de estas formas de gobierno las que se han corrompido a partir de otras, ordenándose de la siguiente manera: timocracia como vicio de la aristocracia, oligarquía como vicio de la timocracia, democracia como vicio de la oligarquía y tiranía como vicio de la democracia.

Para Platón, las formas de gobernar se daban bajo un contexto paternalista y jerarquizado. Es decir, el gobernante actuaba bajo el contexto de una gran familia a la usanza de una figura paterna que dirige y ordena los hilos de la casa. Ser parte de la esfera política conllevaba una gran responsabilidad; esta participación incluía derechos y responsabilidades. En este sentido, los hijos, esclavos y la esposa eran dirigidos por el padre a cambio de obediencia, es decir, el padre como el ser más idóneo y preparado, cargaba con la responsabilidad de guiarlos de acuerdo a la virtud. Del mismo modo, el gobernante, como el padre, guiaba al resto de acuerdo a los postulados de la virtud, que para Platón estaban en el mundo de las ideas. Es decir, quien gobernaba, era capaz de, a partir de la vida contemplativa, desencadenarse del mundo común de las apariencias y acceder al mundo de las ideas y, al mismo tiempo, poder volver a este mundo y dirigir políticamente a los ciudadanos. Para Platón, el gobernante por excelencia e ideal era el filósofo-rey, único capaz de la hazaña de deshacerse de las cadenas que atan al mundo común, accediendo al mundo de las ideas. A partir del aprendizaje de estas ideas, es que puede volver al mundo profano y gobernar a los hombres. En este sentido, el filósofo será quien lleve la luz a la polis inmersa en las sombras, como en el mito de la caverna, donde los miembros de la polis están sumidos en la ignorancia, se enfrentan a meras apariencias y no hay justicia.

Para Platón, hay quienes son más aptos para la producción de cosas prácticas o bienes materiales; otros lo son para la actividad de la guerra o la defensa de la ciudad y, finalmente, otros estarán capacitados para dirigir el gobierno en pos del bien común ya que poseen la capacidad de almacenar dicho conocimiento.

Bajo esta perspectiva, de igual modo, quien gobierne ha de encargarse de un número de tareas que, en sintonía con el buen gobierno, velen por el bien común.

En el diálogo que sostienen Sócrates y Glaucón, se puede notar que efectivamente existe una afición a conceptos tales como el buen gobierno y el buen gobernante. La importancia de establecer un Estado con un gobierno excelente, está relacionada con las diversas acciones políticas que dicho gobierno debe tener con su pueblo. Es decir, un buen gobierno debe procurar e incentivar la excelencia en todo ámbito de cosas y con todos los ciudadanos, acordándose por lo tanto que aspirar al gobierno más elevado implica la participación de todos, como entes responsables e interesados en lo que el gobierno implica y desempeñándose en las actividades que les correspondan.

Del mismo modo, se ha establecido un modelo de educación (παιδεία) integral, a la par de la necesidad de que dicho gobierno prepare y produzca los mejores líderes posibles, ya sea en los campos político, bélico y educacional-filosófico (República, 543a).

La idea del gobernante como proveedor del bien común nos da cuenta de la mirada paternalista que se tenía en cuanto al gobierno, por lo que el buen gobierno estaba siempre asociado a la idea de familia, donde los hijos, la esposa y los esclavos obedecían al padre por la construcción jerárquica de la misma, justificada por la excelencia del padre que es quien posee las capacidades y la experiencia para dirigir en los asuntos de la casa. Del mismo modo, el gobernante cumplirá dicho rol. En este caso, el gobernante se ve recompensado como servidor público y líder por ser el mejor.

Por ende, el buen gobernante, tendrá toda la capacidad para dirigir a los ciudadanos, del mismo modo en que será quien dirija de manera eficiente el ejército, como líder político y militar.

Una de las ideas que se nos presenta es la de que un buen Estado y gobierno son no sólo atribuibles y comparables con un buen gobernante, sino también con la idea de buen hombre. Es decir, la idea de la excelencia en cualquier plano, ya sea el político, militar, educativo, etc., va de la mano con la excelencia en el hombre mismo.

De esta idea se recoge que, bajo esta perspectiva de excelencia y virtud del hombre, también se dan formas de gobierno las cuales podrán ser asociadas con tal o cual tipo de hombre, según su nivel de virtud o qué tan cerca está de la excelencia o lo ideal. Es así como, en tanto existen cinco formas de gobierno, existen también cinco estados o modos del alma.

En el libro VIII de *La República*, se discute acerca de las formas de gobierno, siendo el gobierno de los mejores el ideal, y las demás formas de gobierno corruptas o en algún modo sometidas al vicio. En otras palabras, Platón idealmente se inclina por un gobierno aristocrático de los mejores o, en su defecto, de una monarquía en donde es el filósofo rey quien gobierna el Estado.

III. Las otras formas de Gobierno: el camino hacia la tiranía

Podemos asegurar, de manera concluyente y afirmativa, que uno de los gobiernos que se presentan como enfermedad del Estado es la Tiranía (República, 544c).

Como acercamiento preliminar, nombraré y daré una breve descripción de las formas en las que un gobierno se puede presentar para Platón para luego explicarlas en más detalle. Estas son: aristocracia, timarquía o timocracia, oligarquía, democracia y, finalmente, tiranía (Del Olmo, 1999, p. 3). Este primer acercamiento es necesario ya que, como veremos, el tirano termina surgiendo a consecuencia del deterioro de cada una de estas formas de gobierno y si bien no es en directa relación asociado con ninguna de ellas, el tirano sí recoge algunos conceptos presentes en cada una de estas formas. En otras palabras, el tirano está presente en estos gobiernos en forma de potencialidad, presentándose ciertas pasiones en los gobernantes que se relacionan, finalmente, con el comportamiento y las características del tirano y la tiranía.

Al mismo tiempo, es importante destacar el choque de clases entre ricos y pobres o, más bien, las dificultades que posee la clase baja de la polis en comparación con los ricos o con quienes se benefician del poder político en mayor medida. Teniendo estos puntos como referencias clave, es que podremos entender por qué se alza la figura de un tirano y cobra protagonismo en la dirección del poder.

3.1 La Aristocracia

La aristocracia será el equivalente al ideal del hombre, es decir, la excelencia respecto a la justicia y lo bueno. En este sentido, y como ideal de virtud, la aristocracia guarda relación con el gobierno de los mejores, es decir, de quienes se han desempeñado en sus labores cumpliendo la excelencia, la virtud y respondiendo a los parámetros de justicia y bondad que se exigen para un ciudadano y líder ideal. Considero innecesario explayarnos más, puesto que al momento de hablar de virtud, justicia, perfección, y todos los adjetivos afines, estaremos refiriéndonos a este tipo de gobierno, del mismo modo, el gobernante que corresponde a este gobierno será el filósofo.

3.2 La Timocracia

Por su parte, la timocracia fue un régimen que se dio en Creta y Esparta. Esta es la primera forma de gobierno que se desvía de la perfección que muestra la aristocracia. Consistía en la búsqueda y el deseo de triunfo y honor. Para comprender a este régimen, debemos remontarnos a las reformas de Solón. Estas reformas contribuyeron en la manifestación de derechos de los ciudadanos de la polis según su clase social. De este modo, surgieron castas por una segregación social entre quienes tenían más riquezas y quienes tenían menos. En esta estructura social, para aspirar al poder se debía tener un mínimo de riquezas, en este caso una producción agrícola mínima al año. Por esto, quienes lideraban política y militarmente eran quienes producían más, el resto era designado como caballería o jinetes, hoplitas o infantería según lo que produjeran. Al estructurarse como un régimen militar, se rige por el honor, algo que es noble pero que para Platón no está al nivel del concepto de justicia del gobierno aristocrático. En este caso, se puede hablar de una clase gobernante que se separa de las demás, al mismo tiempo en que se abstiene de mezclarse con ellas. Por otra parte, temen a la inclusión de hombres sabios en los asuntos gubernamentales, prefiriendo a los hombres de guerra que a los de paz (República, 547e).

Por esto, Platón insinúa que en este tipo de régimen, los hombres tendrán la tendencia al deseo y la acumulación de riquezas, acaparando oro y plata, por lo que deberán estar en constante reguardo de sus tesoros que malgastarán y que buscarán reguardar para su uso y deleite privado bajo murallas y escondites. Al mismo tiempo, no les basta el dinero propio y usan el de otros para también satisfacer sus placeres. En este caso, se puede concluir que dichos gobernantes buscarán el constante conflicto bélico y que se les venere como líderes militares por su tendencia a la violencia o fogosidad –la búsqueda del honor terminaría viciándose, cayendo en una especie de arrogancia- por lo que serán propensos a la avaricia y la apropiación, haciéndolos automáticamente antítesis de la moderación, la persuasión y la razón.

3.3 La Oligarquía

La oligarquía se dará en base a “(...) la tasación de la fortuna, en el cual mandan los ricos, y los pobres no participan del gobierno” (República, 550d). Es el gobierno de unos pocos poderosos o nobles ricos. El paso de la timocracia a la oligarquía consiste en el cambio del honor por la acumulación de riquezas, corrompiendo así a los hombres. Al cambiar a la timocracia por la oligarquía, se ha pasado de la necesidad de los gobernantes de ser venerados por sus habilidades físicas y militares -en desmedro de la razón- a gastar las riquezas acumuladas -por la que sienten también predilección- en la corrupción, el engaño y la infracción de las leyes para aumentar y asegurar su capital. Los oligarcas concluyen que su status social está más garantizado por las riquezas que por el honor, transgrediendo y desobedeciendo dichas leyes. De este modo, se aprecia por sobre la excelencia -ideal planteado en el régimen aristocrático- la acumulación de bienes y riquezas.

Esto implica que en este Estado se venera a los hombres ricos y se deja de lado a los hombres justos y buenos, es decir, se desprecia la excelencia.

En otras palabras, se ha dado el paso de la veneración a los hombres violentos, que buscaban enriquecerse y recibir honores, a la veneración hacia los hombres ricos que terminan siendo elevados al poder. Así se perpetúa la participación solo de los ricos, mediante el manejo de las leyes, y se prohíbe la participación de los pobres y sabios en el círculo de gobierno.

Aquí es donde se comienza a gestar el germen de la tiranía, ya que uno de los aspectos fundamentales de esta es la implantación del miedo como arma para la perpetuación del poder. Es en el régimen oligárquico en donde podemos ver las primeras huellas de la violencia utilizada como arma y medida de amedrentamiento hacia los otros. En este sentido, se nos presenta una forma primitiva de utilización del miedo por parte de quienes gobiernan para poder mantenerse en el poder. Esta estrategia se lleva a cabo

“(…) prohibiendo participar del gobierno a aquellos cuya fortuna no llegue a la tasación estipulada. Y esto lo hacen cumplir mediante la fuerza armada, o bien, antes de llegar a eso, instituyen tal constitución mediante el temor” (República, 551b).

Es fundamental destacar que aquí la acción y ostentación del poder de los oligarcas se ve trastocada y amenazada en tanto haya mejores hombres, es decir, que sus

habilidades sean excelentes y superiores en comparación a estos gobernantes. De este modo, el oligarca pondrá todo su esfuerzo en la censura hacia aquel que, en su potencial, pueda tener mejores atributos para el gobierno. De ahí que se esfuerce en la prohibición de que los pobres participen del poder.

Si de alguien el oligarca se tiene que cuidar y, al mismo tiempo, marcar una diferencia, es del pobre, ya que, al parecer, es la única forma de distinción que este ve entre ambos. En otras palabras, discriminará al pobre y se asociará con el rico, por un principio de semejanza. El oligarca usa la diferencia entre sí mismo con el pobre como clave de identidad, convirtiéndola en su piedra angular de medida y se hará guiar por ella.

Del mismo modo, prefiere ostentar el poder con quienes más se le parezcan en algún sentido, a saber, en la riqueza. Por una parte, utilizará su poder político para manipular las leyes y prohibir a los pobres acercarse al poder como estrategia política. Por otra, implementará el uso del miedo y la violencia hacia la clase baja. Esto impediría, a priori, que los pobres deseen el poder, desmotivando al demos.

Aunque, bajo otro punto de vista, se sospecha que estas medidas podrían estar relacionadas con las pasiones del oligarca, es decir, como gusta de ostentar riqueza, desea mantenerla. Para esto ha llegado al poder, para mantener y aumentar su riqueza; esto lo haría un blanco de envidia hacia quienes no tienen el mismo poder, por lo que se resguarda de esto con las acciones ya mencionadas, a saber, la manipulación de las leyes a favor de los ricos, y el uso del miedo para amedrentar a los pobres.

Platón, por lo tanto, nos presenta la idea de que, como hay esta separación de clase en relación a las riquezas, ambos grupos conspiran y buscan boicotear al otro (República, 551d).

Por ende, el oligarca se verá amenazado por la pasión que le afecta. Su tormento será, en otras palabras, la pérdida de sus riquezas: no está dispuesto a transar sus tesoros ni su poder bajo ninguna circunstancia, ni siquiera en la guerra.

Es claro que en esta forma de gobierno, la sociedad está partida en dos bandos, los ricos y los pobres, por lo que a pesar de estar hablando de una ciudad, en realidad estamos hablando de dos ciudades radicalmente diferentes. Por un lado, la de los ricos en el poder que al mismo tiempo están manipulando las leyes y, por el otro, la de los pobres y marginados.

3.4 La democracia

La forma de gobierno que sigue es la democracia. Esta surge, según la caracterización de Sócrates en *La República*, a partir de este principio de desigualdad o de impedimento de los pobres de, por una parte, poseer bienes y riquezas y, al mismo tiempo a causa de esto, no poder acceder al poder.

La idea principal que se plantea es que ya en la oligarquía se ha manifestado y buscado la desigualdad entre los ciudadanos.

De este modo, el rico ha buscado mediante todos los medios legales la perpetuación de la brecha entre ricos y pobres. Por lo que así, el rico, debido a la ambición de riqueza, ha permitido que todo el dinero que pueda ganar mediante artimañas a costa de otros, sea sólo para él. Así mismo, se ha planteado que el ciudadano, enfrentado a este modelo, buscará a toda costa convertirse en rico, lo que significa utilizar cualquier medio para lograr este objetivo y así poder escalar en la pirámide social.

Pero el deseo por las riquezas implica el descuido de la moderación, por ende, de la excelencia. De este modo, en la oligarquía se ha privilegiado a la sociedad del capital, anteponiendo lo referente a la economía y la negociación por sobre el ideal de la virtud. La democracia, en cambio, se presenta como el espacio de igualdad para todos. La discusión acerca de las desigualdades y el deseo de los pobres de ser ricos y de los ricos de alejar a los pobres del poder y sus riquezas, se ve afectada ante la idea de la democracia que plantea la libertad para todos, ya sean ricos o pobres. Al mismo tiempo, sin embargo, permite la existencia de dicha desigualdad, pero siendo los pobres quienes ostentan el poder. Esta desigualdad obvia es el motivo por el cual la democracia es víctima de sí misma.

En esta dinámica política, es claro que, en cierta medida, quien posee el poder se deshaga de sus enemigos de clase y de sus enemigos políticos. Aquí confluye, por lo tanto, un enemigo que cumple con ambas características, el rico como enemigo político y de clase del pobre.

De este modo, la lógica de acción será parecida a los anteriores gobiernos, pues se implementa la violencia como medida política y de acción directa. En este caso, el origen de la democracia se produce

(...) cuando los pobres, tras lograr la victoria, matan a unos, destierran a otros, y hacen partícipes a los demás del gobierno y las magistraturas, las cuales la mayor parte de las veces se establecen en este tipo de régimen por sorteo (República, 557a).

Se nos ha presentado, por lo tanto, un camino de acción que contempla dos bandos, a saber, el rico y el pobre. Estos bandos, como enemigos, están destinados a una lucha, la que ya se da en la oligarquía con los ricos como quienes están por sobre los pobres y mediante el uso de las leyes se perpetúan en el poder inclinando la balanza hacia su favor. Por otro lado, en la democracia, el rico y su gobierno son vistos como una enfermedad que debe ser erradicada, y que, de algún modo, es la razón por la que el pobre se superpone al poder del rico. Ante el abuso del rico, se inicia un conflicto que termina ganando el pobre mediante el uso de la violencia y las armas. Se instaura por lo tanto un régimen de igualdad, pero que incluye en primera instancia la eliminación, como medida ejemplificadora, de una parte del grupo de ricos de esta sociedad.

Para Platón, la democracia como modelo político de la sociedad guarda relación con la libertad absoluta. En este sentido, que todos sean iguales implica que, en el campo de esta misma libertad y en el de la acción, todos harán lo que más les plazca. Es así como, bajo esta lógica, los iguales actuarán a su antojo, por lo que, tarde o temprano, lo que haga uno, al otro no le parecerá y entrarán en conflicto.

Y es en este contexto que, dentro del diálogo se plantea que, como régimen político, la democracia ha de ser el más bello para los ignorantes, en tanto se resguarda el simple devenir. Es decir, como hay plena libertad de acción y palabra, esta misma libertad justifica el no hacer ciertas cosas, a pesar de estar fundamentadas en alguna obligación. En otras palabras, se privilegia la libertad individual por sobre las leyes. Este régimen podría ser visto como el hacer libre por sobre el cumplimiento de las normas sociales y las leyes, en este caso es una libertad subjetiva, individualista y a la medida de quien la ostenta, a saber, todos y cada uno de los individuos que son parte de la democracia.

Esto da pie, de acuerdo a Platón, a la más completa anarquía, ya que dejarse llevar por la propia capacidad de discernimiento y libertad en tanto que sea libertad subjetiva, choca con el cumplimiento de las reglas y el establecimiento del orden. En otras palabras, al homogeneizar la libertad, en tanto que todos son iguales, se cae en la

corrupción de la misma, ya que no existiría un concepto claro y obvio para todos, desafiando la idea de orden que todo gobierno busca, en el fondo, aplicar.

Uno de los puntos destacables aquí es la capacidad de crítica de Platón hacia la ausencia de templanza, la desmesura y los vicios, del mismo modo que la tiene hacia cada una de las formas de gobierno, exceptuando la aristocracia, en tanto cada una representa el exceso de algo. En este caso, para Platón, la democracia es sinónimo de libertinaje o liberalidad disfrazada de igualdad, dando a entender que la reorganización política ha desencadenado en una reorganización social transversal, una escala horizontal de calificación humana que, a la larga, termina dando origen a la anarquía (República, 560c).

Esta crítica de Platón hacia los modelos de gobierno es una crítica directa a los hombres que se dejan llevar por las pasiones y que, en pos de conservarlas, se deben enfrentar a los demás.

Como hemos podido ver, las pasiones juegan un rol protagónico en cómo actúan los hombres que están a cargo del gobierno, del mismo modo en que los demás hombres se ven afectados por las mismas, influenciándolos a cometer actos que no solo perjudican a los demás, si no que los perjudican a ellos mismos. La conservación de las pasiones y deseos implica la corrupción del hombre y de las formas de gobierno. De esta manera, terminamos acompañando a Platón en el planteamiento de una escala descendente, desde la excelencia hacia el vicio máximo. En otras palabras, es la paulatina pérdida del hombre consumido y atormentado por sus pasiones.

En primer lugar, Platón compara al joven que, habiendo recibido cierta educación en cuanto al control, la excelencia y la templanza, pasa en una primera instancia, de llenar las necesidades básicas, a dejarse llevar por lo apetitivo de los deseos mundanos y los placeres, buscando satisfacer a toda costa estos placeres innecesarios. Esta es la pasión en la que cae el hombre democrático, la absoluta libertad lo lleva a cultivar los deseos necesarios y los innecesarios por igual. Es decir, los deseos más puros o nobles son igual de deseables que los impuros (República, 561c).

Esta es pues la libertad a la medida o individualista que ya se ha nombrado con anterioridad: la vida del hombre que está entregado a las circunstancias y a las pulsiones de cada momento, donde el deseo se manifiesta no como un ideal sino como una mera satisfacción del devenir, o como una vida hedonista y arrojada al descuido y al exceso, a

la satisfacción de lo inmediato, dando pie a la holgazanería, al derroche y a la improvisación. En este sentido, el hombre cae en un actuar sin pensar o en un decir lo que se venga en gana, sin una postura definida¹. La permanencia en este constante cambio e inestabilidad de la voluntad implica un desorden y falta de compromiso.

A pesar de esto, Platón insinúa que el hombre democrático es el más querido en tanto se da esta libertad en todo ámbito. Es decir, se entiende que es el hombre y el modelo de gobierno que contiene en sí la más variopinta y diversa cantidad de características: si se hace lo que se desea y se satisfacen las necesidades que se tengan en el momento que se tengan, se observa como si se tratara de una plenitud total y, por ende, de lo que está más cerca del deseo de un ser humano.

Hemos dado cuenta, en una escala decreciente de características, en qué consiste cada uno de los gobiernos y Estados previos a la tiranía. También se ha descrito a los hombres que forman parte de los mismos, desde el más excelente, a saber, el aristócrata, hasta el menos excelente y virtuoso hasta este punto de la exposición, el demócrata. Contamos ya con un análisis con el que se ha podido dar cuenta tanto, por una parte, de las formas de gobierno, en qué consisten y su lógica de acción, como de los hombres que conforman dicha sociedad y del gobernante como reflejo del gobierno y el Estado.

Es aquí donde centraremos la atención, puesto que comenzamos a cimentar el camino al tema que nos compete, el paso de la democracia a la tiranía.

Este es un punto crucial, ya que es este el momento previo del paso desde la democracia a la tiranía, en el que se da la caída a la forma más viciosa de gobierno y de hombre. Un análisis exhaustivo nos permitirá establecer qué factores podrían limitar en su libertad tanto al tirano como al individuo, teniendo como antecedente las anteriores formas de gobierno como una caída en picada hacía el vicio. Podremos notar el descenso desde lo más virtuoso hasta lo más vicioso, habiendo dado cuenta también de que existen ciertas pasiones que condicionan el comportamiento humano y, como es de presumir, el del propio gobernante.

Habiendo ya identificado los procesos políticos y sociales del paso de lo más a lo menos excelente, rastreadremos el comportamiento político e individual no solo del

¹ Con esto hago referencia al respeto por la leyes, en donde se actúa de acuerdo a lo que es correcto. En este sentido, esto guarda relación con la concepción kantiana de libertad, es decir, cumplir con las reglas externas pero también auto-imponerse reglas internas.

gobernante, sino de su forma de gobernar, qué lo motiva y, del mismo modo, cómo reaccionan los otros y su entorno una vez que alcance el poder. De esta manera, y teniendo un orden en los antecedentes, ahora podremos dedicarnos de lleno y de forma eficiente a la forma de gobierno y a su gobernante que están, según Platón, al fondo en esta escala. Es decir, al gobierno y al hombre menos virtuoso y excelente: la tiranía y el tirano.

IV. Origen y análisis de la Tiranía

Uno de los principales argumentos para que se dé el paso de democracia a tiranía es exactamente el mismo para que se dé el paso en el modelo anterior, es decir, desde oligarquía a democracia. Se plantea que, como forma de gobierno, la oligarquía tiene, a pesar de ser corrupto, un ideal de acción por el cual se distingue de cada una de las demás formas de gobierno. En el caso del paso de oligarquía a democracia, podemos identificar que en la oligarquía su máxima de acción por la cual se instaura es la acumulación de riquezas. Es este mismo impulso de desear más riquezas y de alcanzar la mayor cantidad de tesoros y bienes lo que la lleva a descuidarse de todo lo demás, a saber, del gobierno como tal. De este modo, sucede igual con la democracia, en este caso, el bien o máxima de acción es la búsqueda de libertad. Se da pues una libertad en exceso, como en el caso de la oligarquía el exceso de riquezas y el deseo de las mismas.

Por lo tanto, es este mismo exceso lo que llevará a la democracia a sucumbir desde adentro, ya que la libertad tenida como lo ideal y lo más bello, genera un conflicto entre quienes gozan de ella. Es por esto que el paso de la libertad al libertinaje y la anarquía se hace evidente en un régimen en el que el control pasa netamente por los individuos, de una manera subjetiva, sin reglas claras y, más bien, respondiendo a los impulsos y necesidades de cada momento y contexto en específico. Es decir, se satisfacen las necesidades mientras se van presentando, del mismo modo en que no se obedece ninguna regla que transgreda esta libertad absoluta de palabra y acción, ya que no hay obligación de obedecer reglas, ni de asumir los cargos públicos ni de ir a la guerra. Se hace presente entonces la idea de decir y hacer lo que se quiera, cuándo, dónde y cómo se quiera, por sobre el orden establecido.

Es claro el punto conflictivo con los demás gobiernos, en donde, si bien algunos individuos hacen lo que quieren, estos están bajo ciertas normas de convivencia, ya sean reglas sociales, culturales y/o políticas. En el modelo democrático, por el contrario, se enfatiza y protege el derecho a la libertad incondicionada de cada individuo, lo que no es más que establecer a cada ente como dueño y señor de su propio mundo, sin reglas extrínsecas que obedecer como obligación, poniendo en crisis no solo el ámbito social, sino que cayendo en un caos político.

De este modo, la libertad en exceso deberá ser frenada y, ante tal intromisión y desorden socio-político, es que la tiranía surge como un mal necesario.

Es así como se presenta esta necesidad insaciable de libertad de la sociedad. Embriagada, interpelará a sus gobernantes para lograr la libertad que desean y ante la negativa de ellos, los acusarán de oligarcas (República, 562d).

En este caso, se presenta la figura del temor de los gobernantes hacia los gobernados –cosa que terminará cambiando totalmente en un gobierno tiránico-. Esto se da principalmente por la imposición de igualdad que se ha presentado en la democracia. En un gobierno bien constituido, no puede darse una organización horizontal, donde los gobernados sean iguales a los gobernantes y que quienes se supone están por sobre los otros por algún motivo -a saber, riquezas, capacidades físicas o educación- teman incluso a quienes no son, en definitiva, iguales a ellos. En este sentido, dicho gobierno sería uno de total injusticia para Platón, ya que los ciudadanos se terminarían inmiscuyendo en asuntos que no les son propios. Es decir, los artesanos o campesinos estarían metidos en las tareas propias de los gobernantes, accediendo al poder mediante sorteos públicos. A propósito de esto, la justicia guarda relación con que cada ciudadano se encargue de la función para la cual está naturalmente dotado (Brito, 2013, p. 70) o que le es propia y hace mejor.

Se da a entender, entonces, la principal razón de la tiranía: el exceso de libertad implica un desorden que deriva en el atropello del otro, faltando el respeto a la autoridad y, por ende, cayendo en la injusticia, viéndose los ciudadanos reducidos a animales que, impulsados por su naturaleza, no se miden y tan solo actúan para saciar sus necesidades y el devenir, cayendo en el individualismo e ignorando o rechazando lo que implica vivir en sociedad. De este modo, la vida se reduce a estar constantemente aparentando igualdad, pero al mismo tiempo se hace patente el atropellar y ser atropellado, donde también el maestro se compara con el alumno en igualdad de condiciones y lo adula, rompiendo la escala de jerarquía necesaria de respeto, experiencia y virtud, cosa que sucede también con los padres, los ancianos y las figuras de autoridad (Del Olmo, 1999, p. 12).

Averroes logra comprender esto en el apartado del “Transito a la tiranía” de su *Exposición de la «República» de Platón* (Averroes, 1998, pp. 129-130). Allí explica claramente que en las sociedades democráticas es donde el tirano cobra fuerza, impulsado por el pueblo. En la democracia se da el apogeo de los holgazanes como los zánganos por el hecho de existir una libertad antojadiza que va en contra de la ley. Por

lo tanto, para Platón, cuan enfermedad, se deben aplacar estos malos hábitos con vigilantes o guardianes políticos que estén guiados en lo posible por ideales como la virtud, la justicia y la razón para así evitar la proliferación de ciudadanos que solo buscan la libertad individual, alabando y llevando a líderes viles al poder. Es decir, los holgazanes y zánganos que llevan consigo los malos hábitos de los anteriores gobiernos, zánganos que se han aprovechado de la democracia o demagogia para seducir al pueblo, prometiendo bienes y riquezas.

De ahí se comprende esta incapacidad de los ciudadanos de que, a la más mínima restricción de su libertad, adquirida de manera maliciosa por una forma de gobierno viciada por ellos mismos, estos se irriten y luchen para no perder dicha libertad.

Del mismo modo pasa con la imposición de un amo, ya que los ciudadanos no están dispuestos a hacerse, bajo ninguna circunstancia ni en ningún porcentaje, esclavos. Esto implicaría perder libertad, cosa que incomoda y molesta, en este caso, al ciudadano.

Platón presenta la transición de democracia a tiranía y el inevitable surgimiento del tirano con el relato del hombre-lobo.

Así también cuando el que está a la cabeza del pueblo recibe una masa obediente y no se abstiene de sangre tribal, sino que, con injustas acusaciones - tal como suele pasar- lleva a la gente a los tribunales y la asesina, poniendo fin a vidas humanas y gustando con lengua y boca sacrílegas sangre familiar, y así mata y destierra, y sugiere abolición de deudas y partición de tierras, ¿no es después de esto forzosamente fatal que semejante individuo perezca a manos de sus adversarios o que se haga tirano y de hombre se convierta en lobo? (República, 565e-566a).

Por tanto, así como se narra, el origen del tirano como tal no se da de golpe, siendo un proceso paulatino. Se hace necesario un líder o caudillo representante de los intereses del demos que pueda acceder al poder y que, ante el caos de la democracia, la inminente restricción de libertades y la aparente tensión entre ricos y pobres -teniendo en cuenta la supuesta igualdad entre los mismos- imponga una política de violencia hacia los *enemigos del pueblo*². Bajo este criterio, es que este líder se vuelve una figura de interés y cercana para el pueblo. Esto implica que, como “amigo” y cercano a ellos, comience un plan de acción de abolición de deudas y repartición de tierras entre el

² De aquí en adelante, al referirme a pueblo, estaré contemplando a los pobres o el común de ciudadanos ya que los ricos son nombrados de forma separada.

pueblo y sus ciudadanos. Dicho sea de paso, todos estos bienes son tomados mediante la ya nombrada actividad violenta de erradicar y expulsar, no sin antes también haber recurrido al asesinato de los ricos que, al parecer, se enriquecieron injustamente. El exilio es una herramienta de doble filo ya que, como acción política de instauración del terror, hará que en los ricos exiliados se genere un rechazo hacia el tirano como una imagen leal o como un personaje cercano al pueblo. Es por esto que, después de un tiempo, el tirano tenderá a reconciliarse con los expulsados en un movimiento de manipulación tanto política como económica, en beneficio propio.

Del mismo modo, el tirano volcará toda su voluntad en eliminar toda amenaza hacia su figura, respaldado por el pueblo y reconciliado con los enemigos extranjeros.

Debemos recalcar, por ende, el carácter ilegal en que degenera el mando del tirano, puesto que la utilización antojadiza de violencia en aras de beneficiar a algunos por sobre otros, junto a las promesas hechas al pueblo no hace otra cosa más que demostrar demagogia. De este modo, si el que gobierna pasa a llevar las leyes por ignorancia o las transgrede con mentiras por la ambición que lo consume para saciar sus apetitos y deseos, entonces se transforma automáticamente en tirano (Echandi, 2016, p. 10).

La violencia utilizada por el tirano en este punto da cuenta de un hombre que está dispuesto a todo con tal de acumular riquezas y poder que lo conviertan en una figura de peso, una especie de titán inamovible. Dentro de este concepto es que debemos entender que el tirano como idea nace podrida desde su origen en tanto se le confía el orden, la seguridad y la dirección del pueblo a un hombre que no se controla a sí mismo, que caerá en la injusticia y que actúa influenciado en base a sus apetitos que no son propios del ideal de un dirigente o gobernante. ¿Qué garantiza que este tipo de hombre no utilice la violencia en contra del mismo demos? Absolutamente nada, y es que Arendt ya nos advierte en *Los Orígenes del Totalitarismo* que la tiranía se vale de métodos de intimidación e instrumentos de violencia (Arendt, 1998, p.369), los cuales se ejecutan en:

(...) un Gobierno ilegal en el que el poder es manejado por un solo hombre. Poder arbitrario, irrestringido por la ley, manejado en interés del gobernante y hostil a los intereses de los gobernados, (...) el temor como principio de la acción, es decir, el temor del dominador al pueblo y el temor del pueblo al dominador (Arendt, 1998, p.370).

Es decir, un gobierno totalmente viciado desde el comienzo, pero del cual el pueblo ignora la verdadera naturaleza de su cara visible.

4.1 El tirano en el poder y su comportamiento político. La crítica a la violencia

El tirano ha instaurado una política de violencia y miedo, habiéndose hecho de enemigos en el camino. Sin embargo, por sus dotes de manipulación y retórica ha ganado y conservado mayor cantidad de apoyo y aliados debido a la red de mentiras que ha tejido aunque, en algún momento, saldrán a la luz de forma abrupta y de golpe. Parte de estas alianzas está conformada por una guardia personal que sirve de ejército y por otros tiranos, surgiendo una especie de solidaridad internacional política entre tiranos para, como toda fuerza política, perpetuarse en el poder (Jaeger, 1996, p. 214). Por ende, a pesar de presentarse como una figura liberadora, implementará una política de guerra hacia sus enemigos para que mantengan al pueblo ocupado, inyectándoles la necesidad de un líder. Así mismo, esta ocupación del pueblo contempla varios actos que se podrían ver como una contradicción de parte del tirano, como por ejemplo, la explotación de la cultura, el arte, la lírica, la poesía y la elaboración de festividades religiosas que en el fondo se ejecutaban con el fin de abstraer al demos de la actividad pública y política (Jaeger, 1996, 217-218). A propósito de la guerra, sus acciones para mantenerse en el poder llevan al pueblo a empobrecerse: luego de haberse estabilizado monetariamente, la guerra los vuelve pobres por los impuestos (República. 567a).

Oscar Velásquez nos presenta de manera resumida pero muy precisa la aparición del tirano y la relación con sus deseos. En este sentido, destaco el comentario que hace citando a James Adam, en donde hay un fundamento psicológico de la tiranía y también de la oligarquía y de la democracia. Dicho fundamento se encuentra en los deseos, que tratándose del tirano corresponden a los deseos más inferiores, contrarios a la ley o παράνομοι (paranomoi): los deseos innecesarios (Velásquez, 1997, p. 119). Dichos deseos, dice Velazquez, remiten a su ilegalidad, su transgresión al orden, a las normas y tienen una relación evidente con la violencia.

La violencia, como estrategia política, no es lejana o ajena ni siquiera para el mismo Platón. Es por esto que en la interpretación de Jorge Rivera de *La República*, esta se hace necesaria ya que dicha violencia se traduce en una transformación del hombre. Implica un cambio radical. Por medio de este fenómeno, se estimula al hombre

a sentir algo en específico. En este caso, la violencia utilizada genera miedo. Este miedo implica una crisis existencial en el hombre, crisis que lo llevará a verse obligado a cambiar sus hábitos de acción, del mismo modo que sus intereses también se ven forzados al cambio. Esta necesidad de cambiar se da como herramienta pedagógica para que se instaure como modelo de un nuevo hombre.

(...) cambiarle la dirección de su ser, para que, puesto en esa nueva dirección, pueda descubrir lo que hasta ahora jamás fuera visto ni visible. Para ello se requiere de una cierta violencia.

Pero violencia no quiere decir en este contexto una violación del íntimo sentir del hombre, sino su completa transformación, el descubrimiento “interior” de lo que va a trastornar, desde dentro, la existencia entera (Rivera, 1995, p. 22).

Esta violencia implica una transformación, que en el diálogo se está evidenciando, por lo que hemos podido ver cómo el uso de la violencia ha inspirado a la necesidad de aplicar cambios radicales a cómo se está llevando cada uno de los gobiernos, dándose la mayor tensión social en la democracia, antes de llegar a la tiranía. La idea de esto es poder determinar que el uso del miedo y la violencia implican una destrucción de la estabilidad del hombre, que para Platón vive en la caverna como en el mito. De ahí que sea necesario el cambio para dar cuenta de la mejor y peor forma de gobierno.

Pero, en ningún caso se insinúa que el tirano, al menos voluntariamente, esté instaurando una especie de redescubrimiento del hombre en tanto aspire a la excelencia. Es, más bien, según las circunstancias, un modelo utilizado por Platón para evidenciar cierta crisis en la capacidad de los hombres de gobernar, ser gobernados y, a la vez, autogobernarse.

El tirano, de acuerdo a las circunstancias, ha librado una serie de artimañas políticas, promesas y acciones que, en primer lugar, lo han hecho amigo y aliado del pueblo. Esta cercanía ha sido completamente pensada y calculada por él, en tanto se ha hecho de un gran número de simpatizantes en desmedro de la otra fuerza social existente, a saber, los ricos. Pero, como estrategia, mantendrá al pueblo contento con su política de repartición, no sin antes haberse hecho de enemigos que no son simplemente los ricos; su enemistad es transversal con todo aquel que amenace su poder, en este caso, todo hombre lo suficientemente capaz de competir y boicotear al tirano. De esto se rescata que el tirano, mientras está en el poder, para perpetuar el poder que ha obtenido,

ha debido no solo expropiar y hacer la guerra, sino que ha debido recurrir a matar y crear animosidad de venganza.

Mientras más avanza el tirano, más poder y riqueza acumula, no sin antes hacerse de más enemigos, no solo en cantidad, sino que en peligrosidad.

La misma hambre y sed de poder que cegó a los oligarcas, del mismo modo en que el afán de libertad lo hizo con los demócratas, es lo que termina por encerrar y condenar al tirano.

Ante este escenario, no tiene otra salida más que seguir aumentando su poder, como si se tratara de un viaje sin retorno, puesto que si llega a titubear o a retractarse de sus actos, implicaría que sus enemigos, ante cualquier descuido, aprovecharían la oportunidad que el mismo tirano estaría dándoles en un momento de flaqueza para así poder llevar a cabo una venganza contra este, eliminándolo del panorama y quitándole todo lo que había acumulado en el proceso.

Este es el principal traspié que el tirano enfrenta, no solo por atentar contra la vida y los derechos de los demás. Por esto mismo y por la ostentación del poder, se ha embarcado en una empresa que no tiene escapatoria ante el uso de la violencia y el miedo, esta es, a saber, la *purificación del Estado*³. Ya no es un simple ciudadano o un simple líder que dirige al pueblo. Está condenado y atado a este poder que debe resguardar porque, si no lo hace, sus enemigos lo destruirán no solo a él, sino que a todo lo que rodee al tirano.

Esto quiere decir que sus acciones lo han condenado y condicionado. De este modo, el tirano no solo deberá hacerse de un ejército para resguardar su poder, sino que deberá resguardar toda su obra y, principalmente, su vida. Esto implicará que el tirano conviva con un tormento constante, el miedo a la rebelión, no solo de sus enemigos, sino que del pueblo y de quien se dé cuenta de su verdadera naturaleza, que es el acaparamiento del poder, que surgió para poner orden y le fue delegado por el pueblo mismo.

Dicha naturaleza será analizada con el fin de dar sentido a la pregunta por la libertad del tirano.

³ Suprime a los mejores hombres y los elimina para evitar un alzamiento en su contra. Esta purificación es el principal argumento que usa Platón para la existencia del Tirano. Por esta razón es que incluso se han hecho, como se consigna en el mismo diálogo, alabanzas como las de Eurípides en las *Troyanas*.

Por otro lado, el pueblo sufre los embates de tener a la cabeza a un hombre que ostenta tal cantidad de poder que los ha reducido a seres débiles, derrotados circunstancial y existencialmente. Su temple es el de hombres temerosos, puesto que están material y moralmente disminuidos debido al enriquecimiento del tirano a costillas del pueblo y ante el aparente desamparo que representa el no tener espacios, tiempo, ni riquezas que permitan erradicar al tirano. Principalmente con el uso del miedo y su poder, el tirano le ha quitado al pueblo su libertad. Por esto es que es clave para el tirano que, ante las acciones que él realiza, los individuos que componen el demos se limiten y se tornen en una masa que no hace, ni piensa, ni decide.

Cuando Arendt se refiere a la tiranía, siempre la nombra como una etapa previa a algo que ella aborda con el concepto de terror total. Al parecer, en el siglo XX, el análisis de las tiranías del pasado es necesario para poder entender lo que atañe como problema político a la realidad de la época, a saber, los gobiernos totalitarios.

Este tipo de gobiernos, para Arendt, nacen a partir de la tiranía, y se deben comportar necesariamente como tal en un principio, para luego mutar a un concepto más vil, cruel y complejo. Arendt, por lo mismo, alerta de estos antecedentes, en relación a la tiranía, con las siguientes palabras:

Reemplaza a las fronteras y los canales de comunicación entre individuos con un anillo de hierro que los mantiene tan estrechamente unidos como si su pluralidad se hubiese fundido en Un Hombre de dimensiones gigantescas. Abolir las barreras de las leyes entre los hombres —como hace la tiranía— significa arrebatar el libre albedrío y destruir la libertad como una realidad política viva; porque el espacio entre los hombres, tal como se halla delimitado por las leyes, es el espacio vivo de la libertad (Arendt, 1998, p. 373).

En este sentido, el miedo a la rebelión que afecta al tirano dará pie para justificar los excesos que este cometa. De este modo, el miedo será un motivador poderoso para caer en la maldad y la injusticia, la cual se verá reflejada en su comportamiento y el trato que le dará al pueblo en beneficio propio y de sus deseos.

Por otra parte, para Jaeger el tirano representa el surgimiento histórico de la individualidad en lo político en contraposición a la lógica de masa del pueblo pero que, en el conflicto de la libertad surgida en democracia, guarda directa relación con la libertad individual que surge en este último tipo de gobierno. De este modo, el tirano explota la individualidad ya que es el demos quien impuso esta individualidad. A fin de cuentas, ya en tiranía, “el tirano impedía la iniciativa individual e interponía constantemente su acción personal” (Jaeger, 1996, p. 217).

La acción del tirano está justificada por esta necesidad de purificación del Estado que, como se ha visto, ha sufrido todo tipo de vicios, injusticias y se ha deteriorado a un punto en el que el caos era evidente, pues se había impuesto una idea de libertad que se buscaba proteger a toda costa, pero que, en la práctica, no era tal. Al mismo tiempo en que sucedía esto, seguía habiendo diferencias entre ricos y pobres. De igual manera en que este mismo Estado había sufrido en la democracia, por otra parte, en la timocracia y oligarquía se había viciado bajo las manos de los ricos y los violentos.

No es de extrañar que haya sido el mismo pueblo, a saber, los pobres, quienes, por su ansia de bienes y la incapacidad de obedecer las reglas externas del Estado y de los gobernantes en la democracia, haya alentado y alimentado al tirano. Era, pues, la respuesta personificada a sus necesidades, del mismo modo en que sería la solución a toda la corrupción y el mal uso de las leyes con las que los ricos se habían autobeneficiado estando en el poder.

Por esto es que el tirano se aprovecha del contexto en el que el Estado se encuentra, sumado a la realidad política y social para surgir como una figura que en apariencia será la salvadora del pueblo –ya sea para la repartición de tierras, el derrocamiento de un gobernante anterior en apariencia peor, etc.- (Olivari, 2008, p. 106). Esta no es más que la fachada de un programa de gobierno consistente en la subyugación de los demás hombres, de cuya confianza se sirvió para pasar de un aparente amigo del pueblo a convertirse en su mayor enemigo.

Otra vez Arendt nos muestra que, en una tiranía, el contexto de vida pública de los ciudadanos se merma. Es así que surge, como ya nos podemos imaginar, el aislamiento como herramienta de miedo para dominar a los hombres, quitándoles de esta forma poder y haciéndolos impotentes en las tareas propias de los ciudadanos. Por ejemplo, la discusión política. Es decir, el miedo o terror se sirve del aislamiento entre los hombres para dominarlos y así impedir que actúen a voluntad. Por ende, sin acción no hay interacción política entre los hombres, ni ejercicio de poder más que el del tirano (Arendt, 1998, pp. 379-380).

Las advertencias y reproches históricos expuestos cumplen una tarea trascendental a la hora de plantearnos el problema de la tiranía. Por lo tanto, contrastar la mirada platónica con las sentencias de Arendt, complementa la postura crítica que debemos tener con el fenómeno no sólo filosófico del tirano, sino que también con las

tiranías del siglo XX y las contemporáneas. ¿Cómo es posible que figuras autoritarias, que transgreden las leyes y utilizan la violencia, logren llegar al poder?

4.2 El uso fraudulento de las riquezas y el abuso hacia los padres

Volviendo a la relación entre el tirano y los bienes materiales, Platón presenta las siguientes ideas. En relación a la ostentación de bienes, el personaje de Adimanto, en diálogo con Sócrates, nos explica el uso del dinero y las riquezas por parte del tirano. En un comienzo esto tiene lógica, ya que el uso de la fortuna requisada a los ricos irá en directo beneficio de los pobres, ya que al hacer uso de estos tesoros, se le quita una carga enorme al pueblo y por la cual siempre ha sufrido, mediante la reducción de los impuestos que deben pagar.

Pero, llegado el momento en que todo este auspicio y bienestar económico acabe, es obvio que de alguna parte deberán sacar dinero para, no solo mantener al tirano como servidor público, sino que al Estado y su gobierno. Es así como el tirano hará uso como último recurso, que para él es necesario, del patrimonio paterno, es decir, las riquezas familiares.

Desde este punto (República, 568e), y a propósito de este hecho, es que se presenta un problema moral en la actitud del tirano y que Adimanto mostrará a Sócrates de forma muy elocuente. Hay que consignar que en el diálogo que Adimanto está sosteniendo con Sócrates, Adimanto está hablando de supuestos y presentando ideas por las que el análisis del tirano se lleva a cabo. Es decir, las respuestas de Sócrates están pensadas en cuanto a un ideal de acción de parte del pueblo, ya que, para él, del modo en que se ha llevado la conversación, implica que el pueblo se ha dado cuenta tanto de las cosas buenas como de las malas del tirano y de la tiranía. Del mismo modo, respecto de las formas de gobierno anteriormente nombradas, el pueblo también estaría actuando de acuerdo a un ideal de sapiencia o bajo la suposición de estar siendo dirigidos por un sabio. Por esto es que es Sócrates el que contesta, pero según su propia experiencia. Es decir, Sócrates, personificando al pueblo, actuará de acuerdo a un ideal del pensamiento, como un sabio. En otras palabras, se nos insinúa el afán de Platón del filósofo rey como consejero, sabio y líder verdadero e ideal del pueblo con la justicia de por medio (Echandi, 2016, p. 2; Olivari, 2008, p. 107). Así mismo, el filósofo rey es quien personifica la idea del Bien. Es este quien posee la sabiduría para poder conocer el Bien puesto que evoca a la parte racional (Masís, 2014, p. 4).

El problema al que se alude se plantea en la relación que los hijos deben tener con los padres. De acuerdo con su educación y, como es también la concepción común, los hijos en cierto momento deben mantener o proveer a sus progenitores. Es decir, se presenta el dilema del hombre que se adueña y hace uso del patrimonio de su progenitor, pensando que éste, siendo ya anciano o en vías de serlo, no tendrá oportunidad de recuperar ese dinero. De este modo, se hace la pregunta del por qué el tirano hace uso de este dinero, que no es propio, sino que es del padre, el cual también hace uso del mismo puesto que también está a la cabeza de su propia casa y, a fin de cuentas, de su propia vida.

(...) no es justo que un hijo en la flor de la edad sea alimentado por su padre sino al contrario, el padre por su hijo, y que su padre no lo engendró y estableció para que, una vez que llegara a grande, debiera éste, como esclavo de sus propios esclavos, alimentarlo a él y a sus esclavos, con todo el resto de su comparsa; sino para que el pueblo fuera liberado, con él a su cabeza, de los ricos y de los denominados “hombres de bien” (República, 569a).

En otras palabras, la recriminación moral que se le hará al tirano, por parte del pueblo, es la que se formula al hijo ya adulto que está siendo mantenido. No es solo a él, sino que también a su grupo de secuaces, consultores, esclavos, concubinas, etc.

Es decir, un padre no habrá alimentado y educado a un hijo para que se transforme en un zángano al cual hay que alimentar y mantener por el resto de la vida o hasta que la fortuna del padre se acabe. Al contrario, el hijo fue alimentado y educado como el potencial hombre de excelencia y virtud que liberaría al pueblo de los déspotas, abusadores y de los ricos, disfrazados de benefactores u hombres virtuosos. Es decir, el rol que tomará más tarde el tirano mismo.

Por su parte, en este apartado, Averroes pone énfasis en el comportamiento vicioso y, a causa de esto, en la opresión que los padres del tirano deben experimentar por su naturaleza. En este caso, recoge lo que Platón nos está presentando (República, 574 a-b) y agrega:

Si sus padres le hubiesen dejado algo [al tirano], considerará que no le han dado suficiente y les pedirá más; si rehúsan, se los tomará, sea fraudulentamente o por la fuerza. Si se le

resisten, llegará a subyugarlos o a matarlos, como hemos visto que ha sucedido en estas sociedades tiránicas de nuestro tiempo⁴ (Averroes, 1998, p. 139).

Así se ve el primer indicio de la verdadera naturaleza del tirano, un lobo disfrazado de oveja que comenzará a actuar de acuerdo a sus pasiones como todos los demás hombres no virtuosos.

Por tanto, el pueblo, ante esta situación, juntará valor de la misma manera que el padre, y echará al tirano. En el caso del padre, lo echará de la casa; en el caso del pueblo, del Estado.

Por esta razón, y al estar entre la espada y la pared, el tirano no hará más que mostrarse como en realidad es. Por ello, como ya se ha previsto, recurrirá a la violencia de ser necesario para perpetrar su cometido y seguir siendo el lobo y zángano que en realidad siempre fue.

4.3 El tirano y su relación con el pueblo

El pueblo, por tanto, ha pasado de un mal a otro, a saber: de la sumisión a la libertad ilimitada de la democracia, y de esta, a la esclavitud en manos del tirano. Así, sin armas, ya que el tirano se ha hecho del control de estas, enfrentándose ante el yugo de un monstruo y a merced de su ejercito mercenario, el pueblo será víctima de lo que ha engendrado por causa de su propia ambición, ambición alimentada por las ansias de justicia que creen tener; eso sí, justicia mal entendida.

Vale agregar también que, en desmedro del pueblo y para demostrar el vacío de la palabra del tirano, junto a su nula preocupación respecto de la suerte del pueblo, es que también el filósofo andalusí nos comenta que una sociedad tiránica consiste en una en la que:

(...) [sus] ciudadanos se asocian y se dedican a procurar un solo objetivo: el fijado por el tirano para alcanzar el fin que se ha propuesto, pudiendo tratarse, bien del simple deseo de mandar, o el del honor, la riqueza, el placer, o la mezcla de todos ellos; claro está que semejantes cosas no se buscan con otra finalidad que la de dar gusto al tirano, haciendo su voluntad. Se parecen así a los siervos, más aún: son auténticos esclavos (Averroes, 1998, pp. 111-112).

⁴ Averroes posee un notorio rechazo hacia las tiranías, ya que, al parecer, ha podido ser testigo de ellas en primera persona. Este hecho se da en base a la influencia religiosa que Averroes posee, donde el contrario al tirano, a saber, el filósofo rey, es equivalente a una especie de gobernante apegado a lo divino. Por ende, el tirano representará todo lo aborrecible, lo mundano y lo profano.

Esto demuestra la violencia radical a la que un tirano somete a su pueblo, quitándole lo más trascendente para un ser humano, su capacidad de autodeterminación. Así, el pueblo se entrega a la voluntad de otro, impidiendo la realización propia o la búsqueda de la satisfacción de los propios deseos o de la felicidad. Esto contradice totalmente la posición en la que el Estado se funda en base a que todos puedan lograr la felicidad sin que uno o un grupo lo sea más por sobre los otros (Brito, 2013, p. 70). Con esto a la vista, la tiranía cumple a cabalidad con la condición en la que los otros se subyugan a favor de la “felicidad” del tirano, o en otras palabras, se someten para que éste pueda satisfacer sus deseos.

4.4 Crítica platónica del deseo y las pasiones en los hombres y en el tirano

El análisis del tirano lleva a Platón a establecer cierto orden de sucesos que han permitido que el alma del tirano se entregue de manera clara y concreta a las pulsiones propias de un incontinente.

Como hemos podido observar, el comportamiento del tirano está en directa relación con lo que lo rodea. Es decir, el tirano responde a los estímulos que ha recibido desde niño en cuanto a su educación en los asuntos públicos. El tirano es el producto de una serie de sucesos que implican la vida del tirano mismo y el punto en el que el pueblo le delega la responsabilidad del gobierno.

Cuando comenzamos a hacer un seguimiento de las necesidades y deseos del tirano, Platón hace notar la existencia de los placeres y deseos innecesarios. Por supuesto, todos los hombres tienen en algún momento tales deseos, pero debido a la existencia de las leyes y a la misma circunstancia de pertenecer a una sociedad ordenada con normas y reglas, estos deseos se ven coartados o, a lo menos, restringidos. Como todo hombre que se precie de ser un ente racional, del mismo modo, se dará una jerarquización de estos deseos. En este sentido, no solo se ven limitados dichos deseos y placeres innecesarios en un sentido culposo por las normas extrínsecas, sino que también se verán restringidos por la preferencia de deseos de carácter más virtuoso o mejores.

Si bien esto se da en la media de los seres humanos, también existen los extremos en cuanto a la existencia de los placeres innecesarios en el hombre en general, y no solo en el tirano. Así, no es de extrañar que por medio no solo de las leyes que los

obliguen, o de la educación que los haga no poseer o deshacerse por completo de estos deseos, existan también hombres que simplemente no tengan ni deseen estos placeres innecesarios en su alma.

Del mismo modo, existirán hombres que se dejarán influenciar de manera radical por estos placeres. Por lo tanto, estaremos ante hombres cuyas funciones vitales estarán regidas por la búsqueda y la satisfacción de estos deseos mundanos e innecesarios. Por ello, su parte racional estará permeada por esos deseos de manera que dichos individuos vivirán para satisfacer sus pulsiones y placeres más irracionales.

El lugar de las pasiones toma, por tanto, un espacio protagónico en el análisis del hombre tiránico.

La descripción que hace Platón de la completa irracionalidad de arrojarse a la satisfacción de los deseos más salvajes (República, 572d), implica, en este caso, que pongamos como ejemplo el del hombre democrático, que ha recibido una educación determinada por parte de un padre tacaño, en vistas a conseguir riquezas pero despreciando los deseos innecesarios como la entretención. Por ende, este hombre democrático, al salir al mundo y verse rodeado de otros hombres, se dará cuenta de sus diferencias, particularmente en los gustos que poseen. Estos otros hombres estarán más corruptos en cuanto a la acción de desear. Esto quiere decir que dichos otros hombres terminarán por mostrar sus deseos al hombre democrático, lo que le abriría un abanico de nuevas posibilidades. Del mismo modo, ante este nuevo panorama, serán ellos quienes, de alguna manera, contagien al hombre democrático del deseo de cosas que están más allá de las riquezas – o que desaten al potencial tirano-, deseos que van más en la línea de lo salvaje y que son propios de estos hombres con los cuales ha tenido contacto en el mundo externo.

Dichos apetitos son todo lo contrario a la medida impartida por el padre tacaño, que el hombre democrático termina por detestar. En este paso, el hombre democrático se arroja a la desmesura pero no de la misma forma que los otros hombres, puesto que, debido a su naturaleza, no está aún desprovisto de prudencia. Por ello, queda en medio de la austeridad y la desmesura, y es que su naturaleza es en realidad mejor que la del común y, por ende, mejor que la de estos otros hombres que lo han contagiado o corrompido. Así, puede transitar entre ambos extremos, pudiendo estar en un estado en el que disfruta tanto de la austeridad como de la desmesura, sin entregarse aún por completo a la desmesura como tal. De este modo, el hombre democrático se encuentra en un estado de inestabilidad entre desmesura y austeridad.

Así, podemos establecer otro punto. Este es el rechazo por parte del hombre democrático a la educación, las normas y la forma de ver las cosas inculcadas por su padre. El rechazo a la medida relacionada con la tacañería y la búsqueda ciega de riquezas es seguido de una búsqueda del placer y de la entretención que se relacionan con la parte salvaje y bestial del alma.

De aquí se recoge una de las principales razones para la existencia del hombre tiránico: respondiendo desde la génesis de su ser, es la forma en la que es educado un hombre por la que será de tal o tal forma. De este modo podemos establecer un piso para comprender el comportamiento pasional y salvaje del tirano. Ya que se deja influenciar por las pasiones y los deseos innecesarios, es que también se vuelve presa de los mismos. Es decir, la parte colérica del alma, sirviéndose de los deseos y apetitos, toma cierto control y dirige las decisiones y acciones del hombre. Esta es la razón por la que el tirano es víctima de esta misma influencia. La desmesura y la ausencia de control de las pasiones y deseos innecesarios conllevan la sumisión a los mismos.

Si el hombre se rodea de los llamados zánganos⁵ desde la infancia, el producto es que dicho hombre terminará siendo este incontinente propenso a transitar entre el descontrol y la medida, creyendo tener control de sus acciones sin pasar a llevar las normas, pero coqueteando y degustando de los placeres mundanos e innecesarios, aunque a juicio del tirano, mesuradamente (República, 572d), no siendo contrario a la libertad, pero tampoco siendo una libertad definitiva⁶. Propongo esto debido a que se nombra que el espíritu tiránico es el de un hombre embriagado, que por obvias razones no posee control de sus impulsos, dominado ya sea parcial o totalmente por la parte apetitiva e irracional del alma.

De este modo es que Platón termina diciendo en esta parte del diálogo lo siguiente: “(...) un hombre llega a ser perfectamente tiránico cuando, por naturaleza o por hábitos o por ambas cosas a la vez, se torna borracho, erótico o lunático” (República, 573c). Deja con ello en claro que el tirano cae en aspectos y facetas

⁵ Estos zánganos son los que habíamos visto con anterioridad como los corruptores o quienes contagian al hombre con la posibilidad de los deseos innecesarios. Además, los zánganos son referidos como los holgazanes o los que han de aprovecharse del contexto democrático para su propio beneficio a propósito del exceso de libertad que se da en la democracia. A raíz de esto es que al tirano se le llama zángano también, puesto que posee las características del holgazán o del ciudadano alzado al poder por el pueblo pero en base a falsas promesas.

⁶ No deja de ser curiosa esta concepción de libertad que plantea en este punto Platón del hombre que se deja seducir por los deseos innecesarios. Si bien se habla de una medida, sigue estando latente la idea de salvajismo e imprudencia de estos deseos, que parecen estar alejados y en conflicto con las leyes.

totalmente negativos o que caen en la categoría del exceso y que, a fin de cuentas, es lo que lo lleva a ser impredecible y dejarse llevar por sus instintos más salvajes y violentos, incluso eliminando los deseos positivos que compiten con estos placeres innecesarios que lo han consumido.

Por lo mismo, este hombre que coquetea con la imprudencia y no se mide ni actúa de manera mesurada, dentro de la variedad de deseos que puedan cruzarse por su cabeza, llegará a experimentar el deseo de gobernar no solo a los hombres, sino que incluso a los dioses, cayendo en la soberbia de creerse capaz de esta tarea y merecedor del título de gobernante divino. No es de extrañar entonces que el tirano llegue al extremo de eliminar a sus coterráneos, colegas o competidores, y termine por esclavizar al pueblo, como ya se ha explicitado. El concepto de ὕβρις (hybris⁷) aflora de manera inevitable cuando el tirano ha tomado el control.

Por esto mismo, no es extraño que Platón se refiera al tirano como a un borracho o lunático. En ambos casos se está fuera de sí, dándose un alejamiento de uno mismo y de su ser interno, interioridad que correspondería a la parte racional. En cambio, ha tomado control este exceso de deseos innecesarios, un vivir en torno al derroche o como bien lo describe Sócrates a Adimanto, se da pie a la fiesta desmesurada, al holgorio y a los festines desmesurados (República, 573d).

Al estar en la vereda de la desmesura, entregarse a los placeres ya citados implica gastar riquezas no de manera de solventar una necesidad vital como el hombre que gasta dinero para satisfacer una necesidad de subsistencia como la comida. Más bien, corresponde a un derroche de dinero al tiempo que este mismo derroche conllevará de manera inevitable el agotamiento de cualquier fortuna o fondo patrimonial que se posea, por lo que toda posible ganancia no sufre lo que se ha gastado. Al haberse deshecho del criterio de la medida y el ahorro, apenas se obtiene dinero, este se gasta. Por lo mismo, y ante esta incapacidad de contener sus deseos mundanos, innecesarios e ilegales, el tirano se verá en la necesidad y obligación de utilizar toda artimaña y herramienta que le permita realizar su objetivo, por lo que el engaño, la fuerza y la violencia serán los actos ejercidos por aquél para despojar a los otros de su dinero y así

⁷ Del griego antiguo ὕβρις, concepto que podemos identificar hoy en día con la desmesura, insolencia, orgullo y exceso de confianza en la ostentación de poder. En este contexto será entonces el enceguecimiento por poder.

poder continuar con su desmesura. Dicha desmesura distintiva y propia del tirano lo condena de forma vital.

Es por esto que se pone el ejemplo del tirano que se apodera de la fortuna familiar. Una de las razones principales es llenar y satisfacer las nuevas necesidades que el hombre tiránico ha descubierto, y es por estas mismas que si no se apodera de las riquezas de los otros para poder suplir y llenar sus excesos y desenfrenos, es que se verá atormentado y angustiado, presa de sus propios deseos que se transforman en sus custodios y que exigen ser correspondidos bajo cualquier circunstancia.

Así, podemos observar que el germen del miedo se activa en el alma del tirano. Este primer contacto con el miedo se relacionará finalmente con la limitación de la libertad del tirano una vez que él ya esté en el poder. Este primer acercamiento con la experiencia del miedo hará que el tirano se vea contrariado y restringido en sí mismo, haciéndolo llevar a cabo, a través de sus acciones y por causa del inaguantable tormento que significa para él no conseguir llenar estas necesidades y deseos innecesarios, toda clase de trucos y engaños como ya hemos podido dar cuenta, incluyendo el robo, la guerra y el asesinato.

En otras palabras, el tirano comienza a sentirse vulnerable ante el condicionamiento de su voluntad. Frente a esta necesidad de saciar los deseos fútiles que se le han estado presentando y, ante una posible incapacidad de satisfacerlos, comienzan a surgir una serie de comportamientos para lograr este objetivo, que son ocasionados por el miedo a no poder satisfacer esta adicción.

Por lo mismo es que Platón nos presenta a un Sócrates que reacciona perplejo por el uso de la violencia por parte del tirano de manera irracional e injustificada en primera instancia en contra de sus progenitores, demostrando un compromiso incondicional con sus placeres. La sorpresa surge debido a las preferencias del tirano de inclinarse por una amistad nueva e innecesaria, en desmedro de una amistad más antigua, incondicional y necesaria.

(...) ¿te parece que por una amiga reciente, querida innecesariamente, va a golpear a su amiga de siempre, su madre necesaria, y lo mismo con su anciano padre sin vigor y necesario, el más antiguo de los amigos, por un amigo que acaba de hacer, en la flor de la edad e innecesario, y que convertirá a sus padres en esclavos de aquéllos, si los llevara a vivir a la misma casa? (República, 574c).

No es solo de los hombres corruptos o entregados a sus deseos de los que se ha rodeado el tirano, sino que también de los deseos impíos y desmesurados que éste

profesa. Es decir, la preferencia por sus deseos no solo esclaviza a sus padres, sino que inclina la balanza hacia una amistad inferior por sobre esta amistad con los padres que es la amistad primera de todo hombre. Los padres, al verse esclavos de aquella amistad inferior, son obligados a despojarse de sus bienes al mismo tiempo que el tirano completa su esclavitud y los condena con ella. De igual forma, estando limitado ante sus emociones y sus apetitos irracionales, el tirano es esclavo de sus propios deseos innecesarios (Branda, 2007, p. 70).

En este punto, se puede comparar el comportamiento del tirano con el de un drogadicto o alcohólico. En este sentido, la adicción del tirano ha sido tan fuerte como para preferirla por sobre sus padres, del mismo modo en que un adicto prefiere su exceso a sus seres queridos o, estando tan sometido, no pueda evitar preferir su adicción. Es común también que se presente cierto grado de locura que termine generando la irracionalidad y el uso de la violencia para conseguir lo que deseen, cosa que en el tirano también se puede observar, cobrando relevancia las advertencias que acababa de hacer Platón.

Con los antecedentes vistos, se puede notar que la incontinencia de este hombre ha sido desatada. Al ser un hombre educado bajo los preceptos de la democracia, solo tenía fantasías y sueños de perversión y excesos. Pero, ya entregado a sus pulsiones salvajes, se deja llevar y apoderar por Ἔρως⁸, ejecutando crímenes y yendo en contra de las leyes enseñadas por su padre. Ya no está sujeto a las normas sociales, se ha desembarazado de éstas, y vive para cumplir su amor hacia sus placeres y desmesuras por medio del crimen. Esto es lo que lleva finalmente al tirano a actuar como tal, el amor a la desmesura implica un vivir por esta misma. No posee otro objetivo ni es libre de actuar de otra manera. Su única misión ahora es alimentar sus deseos salvajes. Vive en desorden y anarquía por dentro, teniendo que convivir con el agobio constante de obtener placer, lo que lo obliga a ir en contra de los dioses y de los hombres. Como ya se sabe, no solo está en contra de los hombres comunes, ricos o pobres, sino que también del núcleo principal de todo individuo. Ha ido en contra de su propia familia, lo que lo ha llevado inclusive a ir en contra de su propia individualidad como ente libre. No hay esclavitud ni falta de libertad más radical que no darse cuenta de que sus deseos

⁸ Según Eurípides en *Hipólito*. Eros, Dios del amor o deseo sexual. Así se traduce de la siguiente manera: (...) [“que destila el deseo por los ojos, trayendo el dulce placer a las almas de aquellos a quienes tú haces la guerra”](#). Traducción propia, a partir de la versión inglesa de David Kovacs (ver Eurípides, 1994).

y necesidades lo han sobrepasado y lo han llevado a cometer la atrocidad que toda tragedia posee.

Política y antropológicamente, por lo tanto, el hombre con tendencias tiránicas será el criminal más peligroso no solo para las personas y el pueblo, sino que para su propia familia y para el Estado. Los delitos que son llevados a cabo por el tirano no pueden verse como delitos menores o simples hurtos. La visión del tirano en tiempo de guerra o de paz es la misma: toma lo ajeno y se entrega a la desmesura y, si es necesario, llega a cualquier extremo que deslegitime lo racional para obtener su objetivo.

No es un simple criminal o ladronzuelo que, por la necesidad vital de alimentarse y, ante las circunstancias, se ha visto en la obligación de robar un poco de dinero o una hogaza de pan. El tirano, por el contrario, dominado por el descontrol de sus pulsiones y como incontinente, se ha dejado llevar por la arrogancia y la *hybris*, faltando el respeto a los templos, dando falso testimonio y aceptando sobornos.

Entonces, el origen del tirano en este aspecto es su necesidad de satisfacer sus pulsiones y perversiones, ante las cuales se ve sometido y atormentado por ver consumadas. De este modo, el tirano es un hombre temeroso de no poder satisfacer sus deseos innecesarios. Por ello, se ve obligado a utilizar el miedo y transformarlo en los diferentes actos que hemos podido ver, siendo, cómo no, el uso de la violencia y el miedo en los otros sus armas protagónicas, restringiendo la libertad de los demás, pero a partir de su propia limitación de libertad a causa del tormento y la angustiada labor que significa suplir y satisfacer sus apetitos irracionales.

El tirano, como su naturaleza lo dicta, es un acechador, un hombre perverso que impone la desdicha al Estado. Este hombre conoce cómo funciona el sistema. Es por lo mismo que inculca y evoca sentimientos de confianza en el pueblo, pero con la mera intención política de que al final se hará con el total control de la democracia y la libertad, porque su arma es el engaño y la manipulación. A propósito de esto, Diego Sazo explica que el uso de la mentira sería una necesidad de corte útil para Platón - aunque recalca en que no es un entusiasta de ella-, en tanto los gobernantes y sabios se basan en las alegorías y los mitos –que son en estricto sentido mentiras- para explicar ciertas cosas al pueblo. Del mismo modo, el engaño se emplea en la formación educativa de guardianes potenciando los valores a partir de fábulas, pero ignorando las que traigan consigo la potenciación de cosas negativas, por ejemplo, el miedo. El fin de esto es conducir a la virtud en los hombres (Sazo, 2008, p. 30).

La falta de entusiasmo de Platón hacia la mentira se refleja en que esta no es algo bueno, sino algo útil. Por ende, mentir es propio de los hombres que son imperfectos, ya que de los dioses solo deriva y emana lo bueno. La mentira será propia de los hombres, puesto que “los individuos no son esencialmente buenos, pues algunos (gobernantes) sí requieren del uso de la mentira” (Sazo, 2008, p. 32).

Por ende, el tirano, al utilizar la mentira como arma está cayendo en ambas circunstancias, en la utilidad y la maldad propia de los hombres. Claramente el tirano está muy lejos de lo que lo divino puede evocar, siendo más bien repudiable. Cosa contraria podríamos decir del filósofo rey en tanto retomemos la idea del líder o legislador cercano a lo divino de Averroes, además de todas las implicancias y características positivas que este representa para Platón.

Por lo tanto, el actuar del tirano deriva en el uso del castigo y la violencia ya mencionados ya que, como cabe la posibilidad, el pueblo tiene la capacidad de elegir someterse o no a su régimen. Si el pueblo se resiste, el uso de la fuerza es inevitable del mismo modo en que la condena a la esclavitud alcanza a los demás hombres.

En un estado similar a la alienación, abstraído en sí mismo, el tirano fue capaz de castigar a su propia familia, por lo que para él, hacer daño a hombres con los que no tiene nada que ver es un simple hecho aislado y necesario para conseguir alimentarse a sí mismo y a su séquito de seguidores, enemigos de la democracia y amantes de la desmesura.

Algo que marca de manera definitiva al hombre tiránico y que es necesario volver a recordar es su educación. Esto está directamente relacionado a cómo ha sido formado y tratado en su vida privada, a saber, por sus padres en los asuntos de la casa.

Sócrates lo explica de la siguiente manera:

(...) primeramente, aquellos con quienes viven los acompañan adulándolos, ya dispuestos a servirles en todo, ya, si los necesitan en algo, ellos mismos se arrastran a sus pies, atreviéndose a adoptar todas las figuras, como si fueran sus parientes, pero nuevamente extraños una vez que han conseguido sus fines. (...) jamás en toda su vida son amigos de nadie, siempre esclavizando o esclavizados a otros: de la libertad y de la amistad verdaderas nunca gusta la naturaleza tiránica (República, 576a).

Este punto es primordial para comprender la seguidilla de acciones políticas, sociales, el comportamiento psicológico y la forma de ser del tirano. Sus acciones son las de un hombre egoísta, como si estuviera solo, con la incapacidad de verse reflejado

en el otro. La ausencia de empatía origina que el hombre tiránico posea todas las características del hombre vicioso y no virtuoso. Además de caer en los excesos, es un hombre que no posee un grado de compromiso real con los otros. Por lo mismo es que carece de la habilidad de administrar con virtuosismo y justicia el Estado. La violencia y el egoísmo demostrado por el tirano no son más que la injusticia llevada a la práctica, el peor de los hombres gobierna con injusticia y esclavitud.

4.5 La relación entre miedo, desdicha, libertad y violencia

Otro punto a destacar es la relación del miedo con la desdicha del tirano. Experimentar el miedo no solo merma la capacidad de ser libre del tirano, sino que al mismo tiempo implica que, al ser el peor de los individuos, irrumpen en él toda clase de sentimientos que atormentan a los hombres que ejercen la violencia y que carecen de la capacidad de gobernar en pos del bien común y no simplemente para satisfacer sus necesidades.

En el caso del hombre tiránico, como dice en el diálogo Sócrates, al ser el hombre más abyecto y perverso, es también el hombre más desdichado (República, 576c). Esta desdicha está relacionada con la mera satisfacción de sus deseos y placeres innecesarios o menos reales, cosa que podremos verificar en el siguiente capítulo⁹.

Por tanto, si establecemos una comparación entre el Estado tiránico y su Estado precedente¹⁰, se está haciendo alusión al hombre que es característico de uno de ellos, a saber, el hombre tiránico y el hombre demócrata respectivamente. De este modo se establece que, ante la cantidad de características negativas de las cuales es poseedor el hombre tiránico, dicho hombre forzosamente será el más desdichado, al mismo tiempo en que será menos feliz que el hombre democrático y, por razones obvias, al filósofo o rey.

Así, se vuelve claro el reclamo de Sócrates en la relación del tirano con los tiranizados. Por eso es que en este punto decir que los hombres y el Estado bajo el mando tiránico son los más desdichados y menos libres es evidente, puesto que a pesar de haber amos u hombres de poder dentro de dicho Estado, siguen estando bajo el mando de un solo individuo que hace y deshace en cuanto sus deseos así se lo ordenan.

⁹ Ver p. 48 y nota complementaria del presente trabajo.

¹⁰ Estado demócrata o demagógico.

De esta manera, serán esclavos, no importa cuánto poder puedan ejercer dichos hombres.

Del mismo modo, estos hombres, dentro de sus almas, no poseen la capacidad de ejercer su libertad. Por lo tanto, al no ser libres, no pueden hacer lo que desean. Es por esto que dichos hombres viven en turbulencia, bajo la presión y la violencia constante que implica el ser esclavo. El alma que es esclava es desdichada. Quien es desdichado lo es a causa de un desorden y perturbación debido a que es víctima de la violencia. Recordemos además que una de las herramientas que el tirano ha utilizado es la recaudación de impuestos o, derechamente, el robo a quienes componen el pueblo. Por ello, el resto de hombres se ve forzado a la pobreza para la mantención de la vida pública y política del tirano, que no es más que la mantención de sus placeres.

Entonces, quien es víctima del tirano será desdichado, esclavo y se verá empobrecido, al tiempo en que todas estas características harán del hombre víctima del tirano un ser insatisfecho en sus necesidades más básicas. El hombre desdichado y esclavo será, por lo tanto, presa del miedo ante el escenario adverso en el que debe vivir de manera tan lastimosa y deshonrosa. Es necesario recordar que todos estos aspectos negativos están directamente relacionados a la imposición por la fuerza que ejerce el tirano sobre los ciudadanos, viéndose subyugados de forma obligada ante la tiranía (Echandi, 2016, p. 6).

Pero esta desdicha se presenta en ambos, en el hombre víctima y en el victimario. Es decir, el tirano es tan desdichado como el pueblo debido a la limitación de la libertad. Uno –la víctima- de manera obligada, y el otro por causa de sus placeres. En otras palabras, ambos son esclavos. La víctima lo es del tirano, y el tirano lo es de sus deseos y del miedo.

El examen que están llevando a cabo los personajes de Sócrates y Adimanto, permite concluir que las formas en las que la tiranía se presenta en los hombres son las causas de la mayor infelicidad, debido a que coartan la libertad de los individuos que deben convivir, ya sea consigo mismos siendo tiranos o con un tirano en el gobierno.

Como el diálogo permite seguir indagando y como también así lo sugiere, existe un hombre aún más desdichado, presentándose como una especie de variación del tirano como tal, a saber, el tirano que:

(...) siendo tiránico, no vive una vida puramente privada, sino que tiene la mala fortuna de que, por alguna desgraciada circunstancia, sea provisto de lo necesario para llegar a ser tirano (República, 578c).

Es decir, la causa principal de desdicha, esclavitud a los deseos y limitación de la libertad es, como ya se dijo anteriormente (República, 576a), la servidumbre que otros le profesaban (ya sea padre, madre o sus seguidores) y de la cual el tirano gozó desde su formación en el espacio privado, la cual juega un rol protagónico en cuanto a las razones del por qué el tirano ejerce tal modelo de comportamiento.

Por otro lado, y a propósito del comportamiento que tiene el tirano, se puede observar la asociación del miedo con la circunstancia de los hombres, en este caso, la del hombre rico en medio de un desierto rodeado de su familia y de sus esclavos sin ningún lugar a donde escapar y ante la obvia amenaza de que los esclavos lo destruyan junto a su familia. Una de las herramientas que este hombre utiliza para conservar la vida es la manipulación y el engaño, arsenal que todo hombre posee pero que solo los más detestables e impuros hombres se ven en la necesidad de utilizar. Por ende, no será casualidad que veamos a este hombre comportándose o personificando a un tirano, es decir, utilizando la adulación, las promesas y la esperanza de entregarles libertad a sus esclavos como herramientas de manipulación para salvarse.

Por esto mismo es que el hombre, ya sea que venga de la oligarquía o la democracia, con tendencia a las estrategias, acciones y comportamiento propios de la tiranía -la adulación y la mentira como el ejemplo anterior- está condenado, preso del ejercicio de la injusticia hacia los otros, lo que se hace evidente cuando su adulación es falsa. El tirano, por lo tanto, por poseer el alma que tiene, y rodeado de hombres que no toleran la esclavitud, vivirá en constante envidia hacia los hombres libres que, a diferencia de él, no están encadenados a sus pasiones y que, al mismo tiempo, son la causa de sus temores.

Esto es de lo que Platón a través de Sócrates nos advierte: el tirano, al ser un incontinente y teniendo en su alma tan característicos rasgos, tiende a gobernar y esclavizar mediante la adulación y las promesas a los demás hombres libres a causa de sus pasiones y deseos innecesarios. Este es otro de los peligros del tirano, que al no poder contenerse y recluírse como es en su vida privada, añade a sus necesidades el deseo de gobernar a otros, sin ser capaz siquiera de gobernarse a sí mismo.

Por esto es que Glaucón termina dándose cuenta de que este tipo de tirano es el más desdichado, y por ende el menos libre, ya que está condenado, por causa de sus pasiones, de la incapacidad de autogobernarse y de la necesidad de gobernar a otros por su incontinencia, a vivir con el temor de ser eliminado a causa de sus deseos salvajes que contrastan con la visión de los demás hombres libres, por lo que debe recurrir a la adulación y la promesa, haciéndose un esclavo servil.

Esto se añade a las ya mencionadas carencias y vacíos que el tirano posee como ser humano. La principal es la ausencia de capacidad para poder fraternizar con otros que se manifiesta en la envidia, la deslealtad, la injusticia y la falta de respeto a los dioses, como bien nos lo dice el personaje de Sócrates (*República*, 580a). Adicionalmente, no se puede pasar por alto la falta de amigos, es decir, la incapacidad de desear el bien a otros, siendo el encargado de llevar solo disputas y males a los demás hombres.

Acerca de la infelicidad y desdicha del tirano y del pueblo al que tiraniza, Averroes comenta lo siguiente acerca de *República* 577 c-e y *República* 578a:

(...) el alma del tirano es la más sujeta a la esclavitud y desprovista de libertad, ya que las pasiones más bajas dominan cuando las partes más convenientes están cautivas. Cuando una comunidad es sojuzgada, nadie alcanza lo que desea, o sólo lo consigue en una mínima parte, por lo que siempre estará quejándose, (...) y como están sujetos al tirano es evidente que acabarán empobrecidos. De igual manera, el alma del déspota estará depauperada y famélica (Averroes, 1998, pp. 140-141).

Por esto es que más adelante podremos establecer en mayor medida una conclusión más depurada y esclarecedora acerca de la relación de la libertad del tirano y su naturaleza incontinente y violenta.

V. Las pasiones del alma del tirano y el problema de la libertad. El tirano en contraposición al filósofo

El tirano es quien, a causa de sus apetitos, está más alejado de la sabiduría, la filosofía y la razón. Esto causa que el tirano someta la parte racional de su alma a la irracional. Por ende, el tirano, al estar entregado y sometido a la búsqueda de los placeres se aleja de la ley y del orden mismo, puesto que el apetito del tirano es el que está más alejado del placer que es propio y verdadero para un ser que se conduce racionalmente (República, 587a-b).

De la misma forma, el filósofo como la cara contraria del tirano, en la práctica nunca tuvo cabida en la prosperidad cultural de los regímenes tiránicos. De esto da cuenta Jaeger diciendo que “jamás hemos oído de una vinculación de los tiranos a las personalidades filosóficas” (Jaeger, 1996, p. 218-219).

La distinción que se hará a continuación entre las partes del alma del hombre ayudará a comprender las tensiones que el tirano posee dentro de sí, al mismo tiempo en que se nos presenta la oportunidad de analizar otra de las razones que hacen que el tirano tenga esta tendencia, si se puede llamar así, por una parte, antisocial y egoísta, y por otra, entregada a los excesos y los deseos.

Como se hace mención en el libro IV, el alma del hombre está dividida en tres partes (República, 441a), a saber, la racional, la colérica o sentimental¹¹ (República, 581a) y la apetitiva¹².

A raíz de esto, se deduce que como el alma tiene tres partes, hay también tres formas o tipos de placer correspondientes a cada parte de ella, del mismo modo en que se corresponde cada parte del alma a la división del Estado y de los apetitos. Por ende, por cada parte predominante del alma, se dice que el hombre posee cierta característica: aprender, apasionarse, y apetecer; (esta última se relaciona con desear riquezas para así poder satisfacer sus apetitos).

Cada parte del alma del hombre posee su propio fin. En el caso de la parte racional que permite aprender, esta se preocupará de la búsqueda de la verdad, por lo que no se interesa por los fines de las otras dos partes restantes, reputación y honor en la parte colérica, y riquezas en la parte apetitiva.

¹¹ También se le llama impetuosa, tiene relación al deseo de victoria, honor, ambición del mismo modo en que se relaciona con la ira y el miedo.

¹² Conocida también como concupiscible.

Aquí se explica el caso ideal de hombre. Si en su alma predomina la parte racional, se hallará el espíritu del filósofo. De la misma manera, en las demás se encuentran, como en una escala decreciente, las otras formas menos virtuosas, es decir, el hombre regido en su alma por la ambición en segundo lugar y, en el lugar más bajo, el hombre regido por el deseo de riquezas. Es necesario comprender que, a pesar de que un alma se vea regida por alguna de sus partes, las demás partes no desaparecen, por lo que se mantienen ahí, ya sea expectantes o en potencia. Por lo tanto, a pesar de que un hombre esté dominado por alguna otra de las partes del alma, la racionalidad estará presente, de la misma manera en que la voluntad o el deseo-apetitos lo estarán allí donde domine el alma racional

El hombre cuya alma está dirigida por el deseo de riquezas y lucro, no encontrará placer en los asuntos pertenecientes al honor o al aprendizaje si estos no se condicionen o impliquen una ganancia. Es decir, no le interesan las formas de vida del filósofo ni del hombre ambicioso de honor e impetuoso, si éstas no le significan satisfacer el placer máximo según su criterio, a saber, la vida del lucro.

Cada tipo de hombre está dirigido por alguna de las tres partes del alma. Aquella parte del alma con la que cada hombre se identifica es la más agradable y la que vale la pena, según él, por lo que concluirá entonces que las otras dos no tienen validez si no sirven como medio para obtener o sintonizar el placer con el que su alma se identifica y se deja dirigir.

Siguiendo con esto, el hombre ambicioso de honor considerará vulgar el placer que generan las riquezas y el lucro. Del mismo modo, le resta importancia al placer que implica la vida entregada al conocimiento y a la búsqueda de la verdad del filósofo, ya que, y siguiendo con lo que acabamos de destacar, si estos placeres no implican victoria y honor, el placer que conllevan las riquezas y la búsqueda de sabiduría y conocimientos no valen nada (República, 581d).

En la cima, se encuentra el filósofo. Desde su pedestal considera que el hombre ambicioso de honor y el que ama el lucro están lejos de vivir según la búsqueda del conocimiento de las verdades y del constante aprendizaje que implica la vida del filósofo. Para el filósofo, los placeres que estos otros hombres persiguen solo serán considerados herramientas para conseguir una vida de acuerdo a cómo su alma racional le dicta, es decir, solo serán necesarios el honor y las riquezas en tanto estos les

permitan acceder al conocimiento y al aprendizaje o que su vida dependa de tales riquezas y honores, no como fines sino como medios.

En este sentido, la división del alma del hombre y la prevalencia de alguna de las partes implica cierto comportamiento que se explica de la siguiente forma.

En el caso de la prevalencia de lo racional en el hombre, característica más marcada en el filósofo, al experimentar el deseo de bebida o comida ante la necesidad de sed o hambre, su racionalidad le permite, mediante la subyugación de su voluntad – parte colérica del alma- elegir no saciar su sed o hambre. Este es el mejor ejemplo del control que una parte del alma puede ejercer sobre las otras (Brito, 2013, p. 75). En el caso de un incontinente como el tirano, las partes subyugadas de su alma serían la racional y la colérica ante la apetitiva, la cual lo mueve a satisfacer sus placeres o deseos innecesarios, ya sea de comida, bebida y/o riquezas.

Al margen de esto, llegamos a un punto de inflexión respecto de cuál de estos hombres posee la mejor capacidad de juicio hacia los placeres mencionados. Puesto que ya se ha analizado cuál de estas formas de vida es la más agradable y menos dolorosa para poder entender de mejor manera la desdicha del tirano, ahora debemos dilucidar cuál de estos hombres tiene la capacidad para juzgar según la experiencia que tenga de los placeres. En este caso, si el amante del lucro al emprender la tarea de aprender y la experimentación del placer del saber a la usanza del filósofo, o si acaso el filósofo en la experiencia de lucrar.

Hay que tener en cuenta que no hay mayor placer que el del filósofo que contempla la verdad de las cosas y se entrega al conocimiento. Ninguno de los demás placeres es comparable, así como tampoco los demás hombres que no sean el filósofo pueden acceder, de manera que sea placentera para ellos, a la actividad de aprender.

En este caso, Glaucón responde que no hay comparación entre el filósofo y el amante del lucro, pues el filósofo destaca en materia de experiencia de ambos placeres ya que él

(...) ha comenzado a gustar de los otros placeres desde la infancia; en el caso del amante del lucro, en cambio, cuando aprende cómo son las cosas por naturaleza, no es forzoso que guste de la dulzura de este placer ni que se vuelva experto en él (República, 582b).

Del mismo modo destaca el filósofo en la experiencia de los honores, ya que todo el que alcanza y vive de acuerdo a lo que su alma le dicta, podrá acceder al honor. Por ejemplo el sabio, el valiente y el rico son aclamados en relación a sus características que los destacan y que no es más que su alma dirigiendo a dicho hombre.

De este modo, y como ya se ha dado a notar, el filósofo es el único con la capacidad de juzgar desde la experiencia, además de tener la inteligencia de su lado, puesto que es su capacidad intelectual o su razonamiento la que lo conducen o de la cual este se sirve. Él es el medio para juzgar cuál de estas formas de vida y manifestaciones del alma es la mejor. Del mismo modo, cuál es la mejor, más agradable y menos dolorosa forma de vida, puesto que juzga a partir de la contemplación de la verdad (Branda, 2007, p. 71 y p. 74), antecedente primordial para dilucidar si es, efectivamente, el tirano el más desdichado de los hombres por las razones que ya hemos podido establecer.

Se llega así a la conclusión de que el placer más agradable es el que está relacionado con el saber. Por lo mismo, la forma de vida más agradable, es la que es gobernada por lo racional y por la búsqueda de la verdad, la vida contemplativa. Quien vive de forma más agradable y menos desdichada es el filósofo.

En este sentido, y haciendo una especie de ranking o escala jerárquica, el filósofo está en primer lugar por sobre los otros tipos de hombre. Quien le sigue en esta tabla será el hombre que persigue honores regido por la parte impetuosa o colérica de su alma. En último lugar estará el hombre que se dedica a los negocios, al lucro y a la búsqueda de riquezas y que se deja gobernar por su alma apetitiva.

Por ende, a propósito de esto, en el diálogo Sócrates finalmente sentencia de manera tajante que:

(...) el placer de cualquier otro que no sea el sabio no es absolutamente real ni puro, si no como una pintura sombreada, tal como creo haber oído a alguno de los sabios; y por cierto, esta sería la más grande y decisiva derrota [del amante del lucro](República, 583b).

5.1 La relación del tirano con el placer y el dolor

Lo que viene a continuación es una especie de teoría que Sócrates plantea a Glaucón acerca de la relación entre placer y dolor, por una parte, y las tres formas de vida y su lugar en una escala desde la dicha a la desdicha, por la otra.

Si el placer es contrario al dolor, quien está más arriba, se supone, es el filósofo; en medio está el impetuoso y, por debajo de ambos, el que desea riquezas.

Al plantearse la idea de que por qué hay placer, debe haber un contrario, y este es el dolor. Habrá, de igual forma, algo que esté entre medio de estas dos sensaciones, en lo que no se goza ni se sufre. Esto nos lleva al conocimiento y a la experiencia del dolor y el placer. Como sé lo que es experimentar dolor y sufrimiento, buscaré evitar dicha sensación, pero no porque esta no sea grata, sino porque poseo la experiencia del placer, que sí es grata en comparación al dolor.

En este sentido, enfermar implica una experimentación de dolor, a lo que en el diálogo se sugiere que no hay nada más agradable que dejar de sufrir y padecer la enfermedad. Pero desear dejar de sufrir, es decir, suspender el dolor, no implica que dicho descanso sea el placer que es contrario al dolor que se experimenta. Aquí podría haber una especie de error de experiencia, en el cual se confundiría el descanso o la suspensión del dolor con el placer, siendo simplemente un estado intermedio y no el placer como tal.

Del mismo modo, experimentar placer y goce también se traducirá, en algún momento, en un descanso del alma respecto de dicha experiencia. Volvemos al estado de reposo intermedio, en este caso, respecto del goce. Sin embargo, dicho reposo, para quien estuvo experimentando el placer, puede que signifique una tortura o un sufrimiento, ya que implica dejar de experimentar el placer. Es decir, se vuelve a caer en este error de la experiencia en relación al estado de reposo entre el placer y el dolor, en el que se confundiría dicho descanso con dolor. Por lo tanto, Sócrates y Glaucón terminan, en primera instancia, concluyendo que este estado de reposo intermedio puede ser interpelado como ambas experiencias y, al mismo tiempo, como ninguna de las dos.

Si hablamos de polaridades, entonces, lo que es neutro (descanso) no puede ser ni positivo (placer) ni negativo (dolor). Lo neutro no puede ser considerado positivo al darse después de lo negativo, del mismo modo que lo neutro no puede considerarse como negativo después de experimentar lo positivo. Sócrates advierte entonces que

“(…) no nos creamos que la liberación del dolor es un placer puro, ni la [liberación] del placer un puro dolor” (República, 548c).

Si analizamos esto, el tirano busca siempre el placer que le exige su naturaleza. Al no poder experimentar la dicha de poseer riquezas y poder, el tirano vive en un estado de dolor que ha de parar solo cuando cause desdicha a los otros para conseguir su propio placer viciado. En este caso, el tirano no podría estar nunca en un estado neutro. Por esto es que nos daremos cuenta que el tirano está subyugado por sus pasiones y apetitos que puede que sacien en alguna medida esta necesidad de poseer riquezas o que, por otro lado, alcancen la saciedad de sed y hambre de cualquier hombre. Pero, en el caso del tirano, su ceguera ante la posesión del poder, da como resultado el querer más. En ese sentido, el tirano vive de la peor forma que un hombre puede vivir: debido a su ambición, se erigió en el poder como una figura embustera, actuando desde la injusticia, saciando las pulsiones más básicas en exceso, a la vez que emborrachándose con el poder y las riquezas a las que ahora tiene acceso. Y para perpetuar y mantenerse en esta sensación de embriaguez, impone la violencia y el miedo en los otros, miedo que termina contagiándolo a él mismo. Siendo el tirano el más injusto entre los hombres, es que Sócrates da un ejemplo simple pero muy gráfico y certero: dentro de un hombre conviven tres figuras, una especie de monstruo quimérico, un león y un hombre.

El hombre injusto no hace más que alimentar a las dos primeras bestias, con principal énfasis en la más monstruosa, sin lograr servirse de la menos salvaje, mientras que al hombre dentro de sí lo mata de hambre (República, 589a).

En este sentido ¿No es el tirano lo más parecido a un salvaje o un animal?

En este caso, alimentar sus instintos animales en conjunción a la ausencia de razón y conciencia mientras que se desentiende de su propia humanidad, no lo hace muy distinto a un perro o a un león, que a pesar de todo, son criaturas más respetables que el tirano. Por tanto, y como se sigue, el tirano y quien apoye su postura, no hace más que plantear que la injusticia aplicada a otros es provechosa y el ser justo, en cambio, no lo es. El tirano se destierra de lo humano, volviendo a un estado primitivo, egoísta o, desde otro punto de vista, comparable con las bestias.

Algo curioso sucede, en todo caso, con el tirano, y es que no es una bestia como las ya mencionadas. El tirano, como hombre, posee algún grado de conciencia, cosa que lo ha llevado a la conocida espiral de tentación, avaricia, violencia e injusticia con los otros. Estamos ante una quimera o bestia infernal que terminó por esclavizar al humano

dentro del tirano. Por lo mismo, y como todos los animales, que tenga miedo no es casualidad ni algo extraordinario. Pero sí lo es el hecho de que esa misma bestia que esclavizó al humano justo dentro del tirano se pueda identificar con dos factores claves y distinguibles, estos son la injusticia y el miedo. Ambos son factores que atormentan al tirano ya que, sin la aplicación de injusticia, el tirano no estaría preso de la constante persecución de los otros que lo apuntan con el dedo como la bestia en la que se convirtió, una bestia-hombre violenta, avariciosa e injusta, pero por sobre todo, llena de pánico a que le quiten lo que consiguió de forma fraudulenta y que mantiene por la fuerza. A cambio de poder y riquezas, se transformó en esclavo y vive preso consigo mismo y con el miedo a sus enemigos y detractores (Del Olmo, 1999, pp. 10-11).

El tirano, como ya sabemos, vive acechado por sus deseos. Al haber sido dominado por la parte apetitiva o bestial, estará en un constante círculo de aparición y satisfacción de deseos. Es decir, cada vez que el tirano satisface un deseo, inmediatamente surgirá otro o, como podemos suponer, el mismo deseo exacerbado, viéndose así acosado por la bestia que habita dentro de sí, cayendo en una dinámica de autosatisfacción mundana e interminable, lo que representa una clara restricción a su propia libertad y al ideal de virtud del hombre.

Como se apunta en el texto, quien vive para saciar sus placeres vive de la peor de las formas, ya que no vive en la plenitud de la verdad. Es decir, solo conoce sombras en comparación al verdadero placer, el cual solo lo puede experimentar el hombre justo.

Hago esta reflexión no sin antes recordar que, para Platón, el tirano es un hombre que recibió si no la mejor, al menos una educación aceptable, por lo que no es un ignorante ni de lo que es verdadero, ni de lo totalmente justo. Esto choca con la forma en la que Sócrates nos ha presentado en el diálogo al hombre llevado por la fascinación de satisfacer los placeres menos reales¹³, apelando a la ignorancia o carencia de sabiduría de dicho hombre, cosa que se suma a esta predilección del tirano por las cosas propias de la carne sobre las cosas propias del alma considerada en su integridad.

Por tanto, el tirano es un ejemplo de un alma escindida que, por su propia naturaleza y carente de la experiencia de la sabiduría (o despreciándola), se ha dejado seducir por lo menos real y verdadero. De este modo, ha alimentado en la batalla dentro de su ser a la bestia colérica y sedienta de placeres que representa lo irracional, llevándose a cabo la derrota de la parte racional de su alma. El hombre tiránico es

¹³ Tal y como se explica a partir de República, 585d.

víctima de sus propias calamidades internas y saca a relucir al exterior el producto de esta lucha. En el caso contrario, sería como se plantea de la siguiente forma:

(...) cuando el alma íntegra sigue a la parte filosófica sin disensiones internas, sucede que cada una de las partes hace en todo sentido lo que le corresponde y que es justo, y también que cada una recoge como frutos los placeres que le son propios, que son los mejores y, en cuanto es posible, los más verdaderos (República, 587a).

El tirano es, sin temor a equivocarnos, el ser más alejado de todos los atributos que Platón plantea en cuanto a la sabiduría y la razón. Por tanto y en la misma medida, su actuar está aún más alejado de lo justo que las bestias mismas, puesto que, a pesar que con estas estaría en el mismo escalafón en tales características, las bestias no tienen -ni han tenido nunca a menos que se demuestre científicamente lo contrario- las herramientas ni la conciencia requeridas para distinguir lo justo de lo injusto en relación a la perspectiva humana y filosófica, mucho menos la distinción entre los placeres del cuerpo en contraposición a los del alma. El tirano, en cambio, sí ha sido instruido en estos menesteres y, aún así, ha sucumbido a sus bestias interiores y, como las bestias, ha dejado de razonar como tal, pero también como estas, guarda dentro de sí el producto con que ha obrado con otros, el miedo. En este caso, un miedo que posee una raíz racional. En otras palabras, su miedo lo mantiene unido con su humanidad pero, al mismo tiempo, no lo deja ser libre ante las cadenas y muros que fue construyendo ante los placeres banales e irracionales.

¿A qué debe su esclavitud el hombre tiránico ante la irracionalidad de la bestia que lo domina?

No es más que víctima de la ausencia de la medida que dicta la sabiduría y el empleo de la razón, inclusive en las acciones que buscan saciar los placeres como la posesión de riquezas y honores. Cuando son la razón y la sabiduría los faros que guían el camino del hombre, este domina a la bestia interna que esclaviza al tirano, produciéndose una sincronía entre el hombre y la bestia, a saber, la ambición saciada para satisfacer también lo propio de lo justo que se consigue solo mediante la razón. Pues, cuando se ha cultivado al hombre sabio, es que se podrá alcanzar los placeres verdaderos o apropiados a un alma libre. Si el alma del hombre, con todas sus partes logra apuntar hacia este camino filosófico, entonces cada una de estas partes puede satisfacerse de lo que le es propio y lo mejor. Por el contrario, si no hay una sincronía en las partes, cada cual apuntará a su propio placer queriendo ser cada una la que guía a

las otras y la que las obliga a conseguir su propio placer y satisfacción, que no les son propios ni verdaderos. El resultado será un alma en guerra consigo misma y sus respectivas partes, del mismo modo que resultan hombres que no pueden gobernar a sus quimeras internas, así como tampoco a sí mismos, dando origen a los hombres oligárquicos o, en el peor de los casos, a los hombres tiranos. El tirano, a pesar de su sed de honores y ambición de riquezas, ya habiéndolas obtenido y manteniéndose en el poder mediante engaño, injusticia y violencia, es quien más alejado está del verdadero placer que le es propio al alma racional. Es decir, al sucumbir el tirano a su lado apetitivo, impetuoso y furioso, ha quedado en una espiral de disonancia con lo real y verdadero, que es, para el hombre, la vida filosófica y racional. Como se dice en el diálogo, el tirano convive con un fantasma del placer (República, 587c).

En este estado, es que el tirano ha gestado dentro de sí la semilla de la duda respecto a qué hacer, ya que se ve involucrado en actos de salvajismo con sus enemigos, obligándose a sí mismo a cometer un acto de injusticia y violencia tras otro. Esto es lo que conlleva estar sometido a los apetitos no dirigidos por su lado que busca la sabiduría. Su lado irracional lo llena de placeres impropios, por lo que este mismo instinto lo lleva también a proseguir en esta indisciplina, haciéndose con más riquezas a costa de su pueblo, creciendo en él más y más la ambición del principio de su vida, pero creciendo del mismo modo el delirio de persecución, ya que el acto de acabar con sus enemigos y empobrecer a su pueblo no trae otra cosa que más enemigos, generándose en su irracionalidad y bestialidad el miedo a la caída. Es inevitable seguir en su camino a hacerse más rico y déspota, no sin antes dar a cambio de esto su libertad y estar recluido no solo dentro de murallas, si no que también recluido y esclavizado por el pavor a perder su estatus y, lo que todo hombre debe proteger, su propia vida.

El tirano tiene este sentimiento de miedo debido a sus actos, y es que, encerrado y rodeado de enemigos, su mente empieza a imaginar los peores escenarios. En este sentido, el tirano no siente un miedo circunstancial por lo que ya ha hecho o por su estado actual, sino que es un miedo radical y existencial al futuro, es decir, a la incertidumbre de qué va a pasar con él. A propósito de esto, Platón nos presenta en el *Laques* esta idea con las siguientes palabras:

Nosotros pensamos que son temibles, precisamente, las cosas que causan temor, y seguras, las que no causan temor. Y causan temor no los males pasados ni los presentes,

sino también los esperados. Pues el temor consiste en la espera de un mal futuro (Laques, 198b)

En este sentido, el tirano tiene certeza de sus actos en el pasado, tiene certeza de lo vil de su comportamiento y de su actuar. Lo que al tirano le acecha es la incertidumbre de cómo termina esta historia, ya que la segunda certeza que posee el tirano es que la conclusión será la espera de un mal porvenir.

5.2 El conflicto del alma y sus partes

Se ha logrado manifestar así, en alguna medida el factor de esclavitud del tirano para consigo mismo. La explicación guarda relación con un alma corrompida y escindida. El principal factor que nos permite sostener que el tirano no es libre es su convivencia con el miedo. Este es el que, a fin de cuentas, no le permite volver a dominar, si es que eso fuese posible, a las bestias dentro de él y que estas le sirvan, como ya he dicho anteriormente, para lograr así obtener los placeres que le son propios al hombre en la medida en que la razón y la sabiduría están presentes en él y permiten que actúe de manera justa.

Bajo esta mirada, es que Sócrates le demuestra a Glaucón que el hombre justo solo se debe someter al hombre dentro de sí, ya que este hombre dentro suyo representa la divinidad. En otras palabras, la divinidad es equivalente a la razón. Por tanto, cuando se deja llevar al hombre desde niño por sus deseos más salvajes, ya sean estos caprichos o gustos innecesarios, estos van alimentando en él la llama de la ambición, la injusticia, etc. Esto genera desde temprana edad actitudes que no se corresponden con la rectitud ni con la sabiduría. Referencias a la prepotencia, el enojo, la irascibilidad son reflejo de la parte animal y monstruosa del hombre, por lo que, al no extinguirlas, hace que crezcan las bestias dentro del hombre, haciéndose más fuertes y presentes que el hombre racional dentro del hombre, convirtiéndolo en un peón servil ante estas pulsiones de la irracionalidad. Por esto es que las riquezas en exceso y el lujo, alimentan la ambición. Sucede lo mismo con la ausencia de hábitos y de proactividad del hombre. Si desde pequeño no se le enseña a hacer las actividades propias del hombre, como tampoco a llevar a cabo una educación que forme el carácter y la disciplina a través de las tareas y el estudio físico y teórico, entonces se alimenta la flojera y el descuido, insertando en los hábitos del hombre en formación la idea del servilismo, a saber, que otros hagan por

él lo que corresponde que haga por sí mismo, antecedente clave en la formación de un tirano.

Por esto es que si son mal llevados los deseos y la impetuosidad desde la juventud del hombre, no habrá más que una quimera poderosa que somete al hombre a sus deseos distorsionados de riqueza, fama u honores, trastornándolo desde las entrañas de su propia alma.

De otro modo, como debería ser en el ideal para Platón, el hombre tiene que ser gobernado por su parte humana, su racionalidad que es más noble. En este sentido, el hombre solo ha de someterse como esclavo de sí mismo en tanto se deje gobernar por la parte de su alma que es la mejor de todas, a saber, su racionalidad, ya que es mejor estar sometido a la sabiduría en un gobierno de lo mejor posible, a ser regido por una especie de gobierno a medias o, peor, a un gobierno que es equivalente al lado salvaje propio del hombre.

Mediante la educación de los jóvenes, se les prepara para enfrentarse con sus deseos descontrolados de honores o riquezas, pudiendo llegar a ser mesurados en el ideal platónico (Brito, 2013, p. 70). Un precepto clave es que ninguna riqueza u honor vale tanto como obrar con justicia y sabiduría. Del mismo modo, actuar con injusticia y no recibir castigo por este hecho, implica que el joven asocie el obrar con injusticia con el placer. Por ejemplo, si se roba y no se recibe castigo por que no se ha detectado la falta, esto permite que el joven tenga la idea de haberse salido con la suya en su fechoría, impulsándolo a volver a cometer dicha falta, liberando y dándole poder de acción a su parte salvaje. Del modo contrario, cuando el joven comete falta pero es descubierto y reprendido, volverá a centrarse en su camino hacia su objetivo, la razón, que es la que finalmente conducirá al hombre al mejor de sus estados posibles, la sabiduría.

La enseñanza de la moderación y la justicia es el alimento para el alma del hombre que da garantía de su valía. Mientras más educado esté el hombre en estos menesteres, más valiosa será su alma. Por tanto, con la ayuda de sus maestros y por la condición propia que lo empuja, es que se irá alimentando de los conocimientos que lo conduzcan a mejorar su alma en tanto está gobernada en armonía con la justicia, la moderación y la sabiduría. Son propias del hombre virtuoso, inteligente, moderado y justo las actividades y conocimientos que contribuyan a hacerlo mejor en estos aspectos. Por su parte, el tirano se alimentará de los conocimientos que contribuyan a fomentar su parte bestial. Actividades como hacerse experto en mentir y robar son tareas en las que

el tirano ha puesto gran energía para dominarlas¹⁴ y ha olvidado, por supuesto, ejercitar la justicia y moderación. Por lo tanto, hará crecer sus riquezas, sus habilidades en la mentira, alimentará a toda costa su ego y bienestar a través de los placeres, actuando desde el descontrol y despreciando a quienes actúan desde la razón.

La fortaleza física o la belleza, al ser superficiales no son del interés inmediato del hombre justo y sabio, a menos que estas lo lleven a la armonía del alma que contiene moderación y sabiduría.

Así queda de manifiesto que, mientras más se eduque a los niños, mejor será el hombre que se producirá, en tanto se le vaya sometiendo, desde la escuela, a un gobierno, donde se cumplan normas y, más allá de cumplir con ciertas reglas porque sí, con el objetivo que pueda estar a la par con los demás hombres justos que le precedieron como ciudadano. Esto hace que, al implantarse esta idea de rectitud, haya sido el hombre sabio dentro de él el que ha sometido a las bestias que pueden empujarlo al desorden de las pasiones y a la embriaguez del deseo, sirviéndose de un guardián fuerte en su alma que le permitirá comportarse con sabiduría y racionalidad. El hombre justo habrá pavimentado de manera férrea un camino a la incorruptibilidad. Difiere en esto del tirano quien, si bien puede que se le haya educado con estos preceptos, permitió que sus bestias dominaran su ser y ganaran, al final de su camino a ser adulto, esta guerra de servidumbre a sus deseos salvajes en desmedro de la razón.

Es decir, el hombre que ha sometido a sus bestias internas y se ha servido de ellas para alcanzar la virtud o lo más propio del hombre, es más libre y está menos sometido a las pasiones. En contraposición a esto, el tirano sufre el sometimiento a su bestia interna y, por ende, es menos libre. Esta libertad puede verse disminuida a cero al momento en que el tirano se entrega por completo a sus pasiones y sucumbe al miedo, puesto que vivirá para evitar la pérdida de lo que ha conseguido a raíz de la bestia que lo obliga a satisfacer sus placeres. Así, el tirano termina recluso y reducido a ser solo eso, un tirano limitado a desear y a temer la pérdida de lo que posee, evitando que logre conseguir su perfecto potencial como hombre, es decir, la sabiduría.

De esta forma, con todos los antecedentes mencionados y con la narración y explicación en detalle de las partes que conllevan a la formación del tirano, es que se ha logrado dilucidar parte importante del tema en cuestión. El problema de la libertad se hace patente en la filosofía platónica, no solo en los tipos de gobierno, sino que también

¹⁴ Ha alimentado estas habilidades en vistas a lo que su parte bestial-apetitiva le pide. Muy parecido al ejemplo ya citado en República, 582b. Ver p. 44.

como conflicto entre el hombre y su fuero interno enfrentado a la sociedad y a todas sus reglas en temas políticos, jurídicos, etc. Además se ha podido establecer una relación con las partes del alma y cómo estas cumplen un rol fundamental en el comportamiento del hombre.

5.3 El miedo en el alma como limitante de la libertad

Al tener claro que el alma está dividida en tres partes, es que podemos deducir que es ahí donde se entrelazan los apetitos y deseos con la capacidad de actuar con justicia del ideal platónico, al mismo tiempo en que se convive con ciertas pasiones que subsisten en un lugar diferente al de lo racional y lo apetitivo.

Por esto es que la parte colérica, que es la que al parecer motiva al hombre a actuar en tanto en ella reside la voluntad, debe servir a la parte racional, como una especie de guardián. Del mismo modo, esta parte colérica, al estar sometida al servicio de la racionalidad, permitirá que, a través del entusiasmo, la acción y el ejercicio, el hombre pueda alcanzar la justicia, la prudencia y la sabiduría.

Es así, pues, que dentro del alma del hombre hemos podido distinguir la lucha del mismo contra las bestias que lo atormentan en pos de esclavizarlo. En este escenario es donde se gesta, por lo tanto, la principal limitante de la libertad del tirano que se manifestará cuando este ya esté en el poder: el miedo.

Platón ya nos ha mostrado esto con la metáfora del carro alado. En este caso, cuando el caballo poco dócil dirige el carro y se antepone en el liderazgo del mismo (entendiendo que el carro representa la parte racional del alma del hombre), podemos establecer que es el cuerpo y sus deseos, tanto sensibles como también de riqueza y fama, los que en este caso direccionan al hombre tirano. Por lo tanto, el caballo salvaje se ha impuesto al dócil y hermoso, privando al hombre de alcanzar la prudencia correspondiente al potencial máximo y mejor de la parte racional de su alma, al mismo tiempo que subyuga otras virtudes propias del alma irascible o colérica como por ejemplo el valor y la fortaleza, alimentando y quedando expuesto al miedo.

En el alma virtuosa el miedo ha sido dominado puesto que es la parte racional de esta la que está en control, sirviéndose de las demás partes. Por esto es que la valentía, como la entiende Platón, es la del hombre virtuoso y sabio, puesto que controla este

miedo radical. Esto es algo que el tirano no puede hacer, ya que su parte racional está dominada por la apetitiva, que libera y deja aflorar al miedo que, finalmente, lo mantiene esclavizado.

VI. Conclusiones

- Hemos podido observar que en cada una de las formas de gobierno –con excepción de la aristocracia- existen ciertos aspectos pertenecientes al tirano y que se ven reflejados en los gobernantes que lo anteceden. En este sentido, el tirano es el que posee dentro de sí una mixtura de características que han estado presentes en los gobiernos y los gobernantes que tienen dentro de sí en algún grado un vicio, estando corrompidos y no respondiendo a los ideales de virtud del hombre que Platón plantea. En este caso, la tiranía se vale de aspectos de la timocracia y la oligarquía como la manipulación de las leyes o el acaparamiento y la acumulación de bienes materiales, junto a la concentración del poder, al mismo tiempo en que recurre a la violencia y al miedo para resguardar dichos bienes y, cómo no, el poder que ostenta. También podemos observar que la violencia es una condición patente en la democracia, en tanto los pobres eliminan a los ricos. Por ende, el tirano estaría perpetuando un aspecto presente en todos los tipos de gobierno – a excepción de la aristocracia-, por lo que la violencia está normalizada. Es decir, es posible que la violencia se aprenda al volverse algo común y se adapte en cada ser humano no virtuoso como algo válido y normal.

- El germen de la tiranía nace a partir de la educación del hombre. Y es que, dentro de sí, el alma del hombre está dividida en tres partes, la racional, la colérica y la apetitiva. En este sentido, la falta de guía puede ocasionar estragos dentro del alma de un hombre, haciendo que este, en vez de alimentar el control y la templanza, se transforme en un incontinente. Por esto es que el rol que juega la educación es vital, ya que, el hombre al rechazar los valores propios de las virtudes e ideales que nos intenta presentar Platón y al no controlar sus pulsiones y deseos, finalmente se entrega a estos, faltando el respeto a sus padres y maestros. Del mismo modo, dará todo de sí para que su parte apetitiva logre su cometido sometiendo a las demás: la voluntad y la racionalidad sometidas ante los deseos innecesarios propios del tirano.

- Otra forma de ver este problema es que este hombre, al verse enfrentado al mundo de los hombres que derrochan o que son llamados zánganos, terminaría siendo contagiado por los hábitos de desmesura, en contraposición al ejemplo del padre tacaño.

- El tirano actúa influenciado por la parte apetitiva del alma. Es decir, sus deseos se han apoderado de las partes racional y colérica y las han subyugado. En este sentido, su parte bestial ha tomado el control.

- Esta parte bestial ha dominado a la parte racional, sirviéndose de ella y restringiendo todas sus posibilidades de alcanzar su plena virtud.

- Del mismo modo en que la parte racional está sometida a la parte apetitiva, la parte colérica se pone al servicio de los deseos del tirano. Es por esto que surge el miedo ante las acciones realizadas bajo el yugo de la parte apetitiva.

- El tirano surge como una figura política en respuesta a la incapacidad de los ciudadanos pobres de llegar al poder. Por esto, y debido a las promesas que formula, el tirano se alza como figura representativa de los pobres prometiéndoles la redistribución de las riquezas de las que se apoderaron los ricos en los gobiernos anteriores. Por esto es que el tirano en su gobierno se termina deshaciendo de los ricos y, por otra parte, termina por someter al demos, imponiendo una política de guerra para empobrecerlo. Del mismo modo, ha coartado toda posibilidad de desarrollo político-social entre los ciudadanos, quitándoles cualquier espacio de libertad.

- Esta confiscación de la libertad de los ciudadanos se da en base a la imposición del miedo y la violencia.

- De la misma forma que el pueblo, el tirano termina transformándose en su propia víctima, pues es debido a la naturaleza del tirano que el pueblo ha sido esclavizado y atormentado. Es decir, la naturaleza del tirano en su parte interna lo ha esclavizado a obedecer a la parte apetitiva, lo que lo ha llevado a violentar a los demás. Tanto el tirano como el pueblo están sometidos y limitados en su libertad.

- Las acciones del tirano, al estar amparadas por la subyugación de su parte racional a la parte bestial y apetitiva, son la primera limitación de su libertad, pues ha sido privado de su potencialidad para lo mejor que le corresponde como ser racional, a saber, la sabiduría y lo justo.

- La segunda limitación de la libertad del tirano es el miedo. Este corresponde a la parte colérica o pasional del alma. En este caso, el miedo ha sido alimentado por la primera limitación, pero se ha manifestado al exterior al momento en que el tirano ya está ejerciendo el poder de forma injusta. A consecuencia de esto, el tirano vive con un constante temor de ser derrocado del poder por sus

acciones violentas e injustas con el pueblo, habiéndose convertido en su enemigo. Por lo tanto, al actuar con injusticia y, dejándose llevar por su ambición y apetito, se ha visto obligado a enclaustrarse debido al constante temor a ser derrocado o asesinado por sus enemigos. Pero, al mismo tiempo, el tirano se ve en la necesidad de mantenerse en esta posición de injusticia y enriquecimiento. Mostrarse débil sería la ventana para que se cumpla su miedo, cayendo en un círculo vicioso de verse en la necesidad de ser aún más injusto e irracional, pero acrecentando su miedo ante estas acciones, no sabiendo en quién confiar, dudando del ejército que lo resguarda, limitando al tirano en su capacidad de elección y, por tanto, en su libertad.

- Finalmente, es necesario tomar en cuenta la visión crítica que Platón nos ha entregado hacía la figura del tirano. Esto permite que podamos tener la capacidad de distinguir e identificar cuándo un gobierno se comienza a transformar en tiranía, de la misma forma en que se nos inculque siempre rechazar a los gobiernos que caigan en el uso de la violencia. Cuando poseemos el conocimiento plasmado en textos como *La República*, debemos ser capaces de llevar a la práctica la visión crítica y el análisis que ahí se manifiestan al día de hoy con nuestra propia realidad como sociedad. Tener al alcance dicho conocimiento nos permitirá tener las herramientas precisas para eliminar mediante procesos legales o acciones fiscalizadoras todo atisbo de restricciones a la libertad individual mediante el uso del miedo y la violencia por parte de gobernantes cegados por el poder o por sus deseos más perversos, rechazando por igual tanto a los gobiernos producto de golpes de estado, como a los gobernantes que, amparados por escenarios democráticos, manipulan las leyes en su propio beneficio. Por esto, es fundamental educarnos para, en primera instancia rechazar enérgicamente cualquier exceso o ilegalidad que se cometa bajo un gobierno tiránico y, en segundo lugar, exigir a los organismos competentes que hagan respetar las leyes y el sentido común donde se construyen las bases de una nación para que dicho gobierno no se dé y, de hacerlo, extinguir la llama tiránica antes de un desastre. De la misma forma, por otra parte, con este mismo modelo debemos erradicar de nuestra propia alma a la quimera que esclavice nuestra voluntad y razón. Estas siempre deben ser protegidas, alimentando y haciendo fuerte a la razón por sobre los deseos mundanos o innecesarios para que dirija al hombre a la plenitud, la verdad y la virtud.

Bibliografía

Bibliografía primaria

- PLATÓN. (1988). *La República*. Trad. Conrado Eggers. Madrid: Editorial Gredos.

Bibliografía complementaria

- ARENDT, H. (1998). *Los Orígenes del Totalitarismo*. Madrid: Ed. Taurus.
- AVERROES. (1998). *Exposición de la «República» de Platón*. Traducción y estudio preliminar de Miguel Cruz Hernández. Madrid: Tecnos.
- BRANDA, C. (2007). “La relación entre la razón y los elementos irracionales en el pensamiento platónico. Una aproximación desde el análisis de la figura del tirano”. *Universitas. Revista de Filosofía, Derecho y Política* N°6.
- BRITO, D. (2013). “La Justicia como Oikeioprágia en La República de Platón”. *Revista de filosofía* Vol. 12 N°1.
- DEL OLMO, M. (1999). “La República de Platón”. *Revista Laberinto* N°1.
- ECHANDI, M. (2006). “La visión del gobernante en *El Político* de Platón”. *Revista Estudios* N° 32.
- EURÍPIDES. (1994). *Hippolyttus*. Trad. David Kovacs. Cambridge: Harvard University Press. (Visto el 28 Junio 2017) Disponible digital en Perseus: <http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus%3Atext%3A1999.01.0105%3Acard%3D525>
- JAEGER, W. (1996). *Paideia: los ideales de la cultura griega*. Trad. Joaquín Xirau & Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica.
- MASÍS, K. (2014). “Virtud en *La República* de Platón y *El Príncipe* de Maquiavelo”. *Revista Humanidades* vol. 4.
- OLIVARI, W. (2008). “Sobre la justicia en el libro *La República* de Platón”. *Prolegómenos. Derechos y Valores* vol. XI N° 21.
- PLATÓN. (1985). *Laques en Diálogos I*. Trad. C. García Gual. Madrid: Editorial Gredos.

- RIVERA, J. (1995). “Grecia Fundante: El ámbito de la libertad”. *Centro de Estudios Públicos N°59*.
- SAZO, D. (2008). “Entre el ocultamiento y el engaño. El rol de la mentira política en *La República* de Platón”. *Revista Pléyade N°1*.
- VELÁSQUEZ, O. (1997). *POLITEIA: un estudio sobre La República de Platón*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.